

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 14 de Abril

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

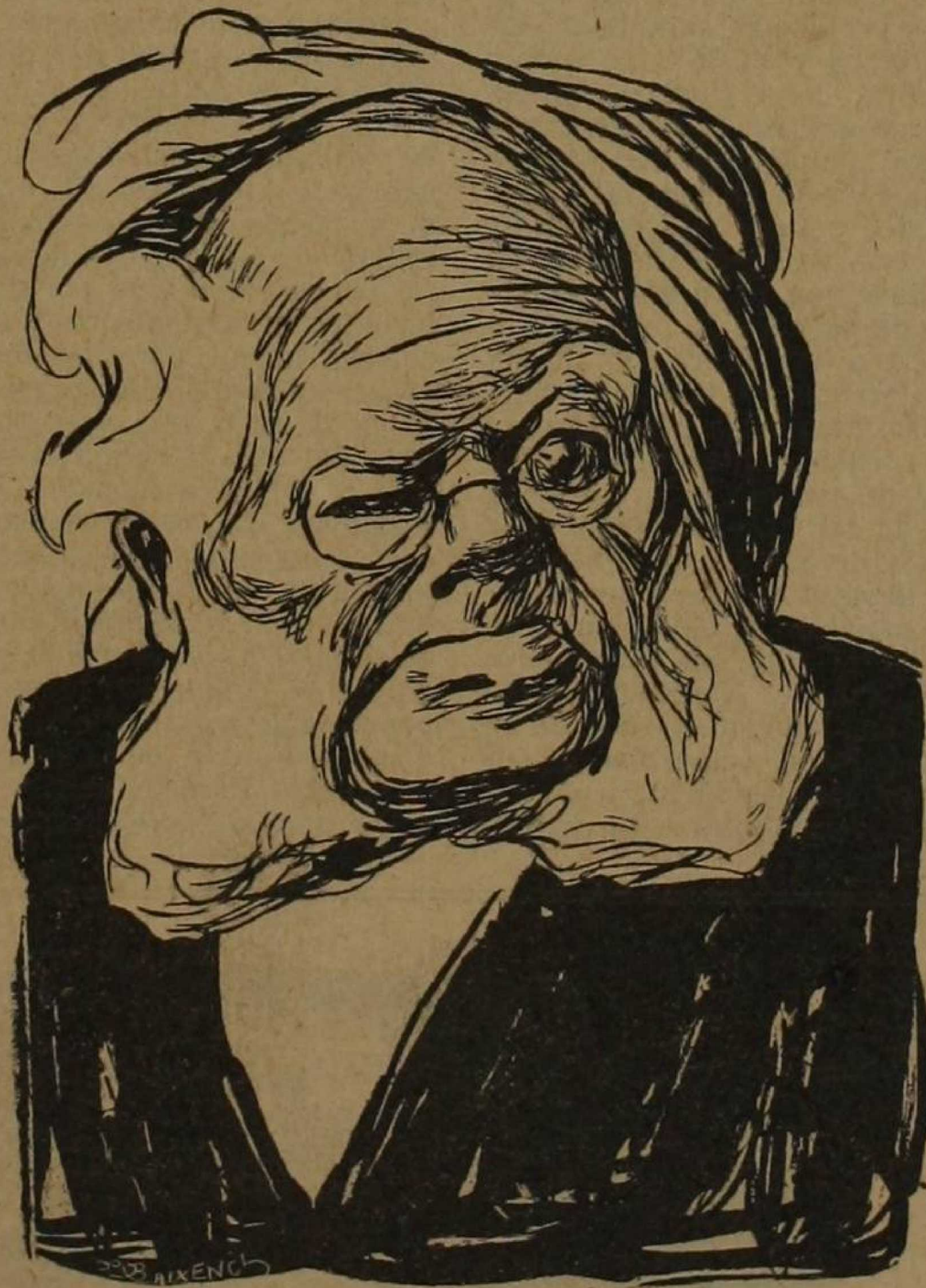
SUMARIO

Ibsen o el carácter.....	B. Sanin Cano	Carta de Sandino.....	J. Moreno Villa
Con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación (II).....	Rafael Estrada	Demolición constructiva; limpieza.....	J. J. Salas Pérez
Fidelidad.....	Arturo Capdevila	En la playa.....	Ezequiel Martínez Estrada
Tarjeta.....	Esteban Pauletich	Drake, mi perro.....	J. Moreno Villa
Noticia de libros.....	P. Henríquez Ureña, Justiciero, y Moisés Vincenzi	El testimonio de Ibsen (I).....	V. García Calderón, Luis L. Franco y Fernán Silva Valdés
Sandino.....	Gabriela Mistral	La niña violenta.....	
El esteta ante la Historia.....	Luis Araquistain	Tablero (1928).....	
María Guerrero.....	Eugenio d'Ors	La Edad de Oro.....	
Poema de la mujer aviadora.....	Mariblanca Sabas Alomá		

LEYENDO CON VOZ tímida y expresión candorosa, en 1887, un joven de provincias recién llegado a la capital, ante un concurso benévolo de obreros e industriales, una conferencia sobre cierto libro de viajes muy interesante relativo a Colombia, escrito en bella prosa, de sabor clásico y sensiblemente moderno, por un capitán de la marina sueca en 1827, citaba el conferenciante el nombre de Ibsen, como para dar idea de un escandinavo que, como el autor del libro, era desconocido entre nosotros inmerecidamente. En esos días la figura intelectual, austera y rebelde del autor de *Espectros* no había llegado todavía a la cumbre luminosa en que le colocaron a la postre su vida de solitario intelectual y sus obras de innovación dramática y reforma social a un mismo tiempo.

Treinta y siete años más tarde asistía en Londres el conferenciante de 1887, por una feliz coincidencia provocada por las alternativas de su equívoco destino, a una fastuosa representación de la *Dama del mar*, en la cual desempeñaba el papel más importante de ese drama Eleonora Duse. La grande artista italiana, después de un largo eclipse, había reaparecido en los teatros de Londres y despertaba una curiosidad casi malsana en la «Intelgentzia» de la Isla. Un auditorio formado de intelectuales y de gente a la moda pendía espiritualmente del gesto elocuentísimo, de la voz fascinadora, semejante por momentos al sonido que emiten en su choque la plata y el cristal, y de los silencios avasalladores con los cuales rodeaba sus palabras aquella profetisa de un arte nuevo. En los entreactos Bernard Shaw, conspicuo y desafiador, se ponía de pies, al lado de su butaca, y leía la versión italiana del drama de Ibsen, como para enterar al público de su escaso conocimiento del italiano. En verdad no era necesario comprender la lengua materna de la Duse para apreciar el mérito de su arte y para

Ibsen o el carácter

=De *El Espectador*. Bogotá=

Enrique Ibsen

comprender el sentido del drama interpretado por sus ademanes y por las inflexiones de su voz de sirena. Eleonora interpretaba a Ibsen, a Dumas hijo, a Alfieri, a Sudermann, con sus recursos de artista de la palabra y del gesto, y lo mismo arrebatava sus auditorios en Viena y en San Petesburgo que en Milán y en Londres. Eleonora Duse repitió el milagro del Pentecostés. Acaso los apóstoles no hablaron más lengua que

la suya delante de gentiles y neófitos, pero era tal su convicción interna, tan sincera la expresión, tan cándido el gesto con que la acompañaban y tan viva la caridad inspiradora de sus palabras, que la emoción se trasportaba no por el discurso sino a pesar del discurso.

La Duse aparecía en Londres por última vez, antes de su viaje a América, a donde un destino inexorable como el que preside en las obras de arte a

cuya interpretación había consagrado su vida, había de ponerle fin a su existencia, no entre flores y bajo las sonrisas divinas del cielo de Italia sino en medio del ruido torturante de una ciudad que se viste de hollín como timbre de gloria.

Esa representación de la *Dama del mar* tenía para el momento una doble significación moral y artística. Importa recordar el argumento de aquel símbolo poderoso. Una mujer ha conocido antes de casarse a un extranjero bajo cuyo influjo quedaron sus sentimientos en el resto de su vida. Separándose de ella el extranjero prometió volver y obtuvo de ella la promesa de que habría de esperarlo. La mujer, dominada siempre por la fascinación del extranjero que no volvía a presentarse, aceptó el amor de otro hombre y se unió con él en matrimonio, sin ocultarle el episodio extraño que llenaba su vida sentimental. Mirando hacia el mar esta mujer esperaba siempre la llegada del hombre fatal, convencida de que a pesar de los años, a pesar del afecto que tenía por su esposo y del amor entrañable que la ligaba a sus hijas, ya en edad de casarse, le sería imposible resistir al conjuro del extranjero si llegaba a presentarse. Un día, mientras el marido paseaba con su esposa por las riberas entrecortadas del fjord, llegó el hombre esperado, y el esposo, midiendo la grandeza irresistible del sentimiento que parecía ligar a su esposa con el desconocido, la declaró libre de sus obligaciones conyugales y consintió en que lo dejase y siguiera al desconocido. Su amor, decía el marido, era tan hondo, tan puro y desinteresado, que no podía negarle a su mujer la ventura de su vida, la satisfacción de un anhelo acariciado con vehemencia durante largos años. Al verse libre la mujer dejó de ser víctima de la fascinación que había dominado su vida, haciendo de ella un paso intermedio entre la dicha suprema y las miserias de la

vulgaridad cotidiana. Usó de su libertad para despedir al extranjero.

A pesar de Ibsen, sus obras tienen un valor simbólico de aplicación universal en todos los tiempos de la vida humana y de la historia de las naciones. En 1924 Europa sufría los dolores anexos al mayor de los crímenes que haya cometido la especie humana. Empobrecida, triste, consumida por los odios de tribu, desorganizada en todos los aspectos de la vida, frente «a un mundo moral, nuevo, cuyos fundamentos no alcanzaba a apreciar, aquella parte del mundo era el símbolo del drama imaginado por Ibsen con el título de la *Dama del mar*. El siglo XIX, que en muchas de sus actitudes merece el calificativo de estúpido que ha querido darle un polemista energúmeno, será tratado con clemencia el día de la absoluta justicia, porque fue el siglo de la libertad. El ochocientos invirtió muchos valores vitales, lanzó a los cuatro vientos el virus del romanticismo, desplazó en cierto modo algunas facultades del espíritu humano imposibilitando a las generaciones siguientes para dejarse guiar por la experiencia más bien que por la lógica y el sentimiento. Pero con todos sus errores el siglo XIX fue la época de las grandes conquistas llevadas a cabo en beneficio de la libertad individual. En esa época se independizó la América española por un esfuerzo de su voluntad y planteó con el hecho la doctrina del derecho que tienen los pueblos a disponer de sus propios destinos. En el siglo XIX evolucionó la monarquía absoluta hacia las formas constitucionales y democráticas; nacieron repúblicas en Europa y saltó a la palestra el cuarto estado, o sea el obrero emancipado y dueño de su persona, de su habilidad y de su tiempo. Al entrar el siglo XX, el mundo occidental había recibido la libertad en una serie de sacrificios materiales y como consecuencia de grandes batallas de la razón humana. Al sentirse libre, en 1919, el mundo culto con el mismo gesto que la esposa histérica en el drama de Ibsen, usó de su libertad para ratificar los compromisos contra los cuales había estado luchando durante un siglo. Italia, Grecia, España, Polonia, aceptan de nuevo el viejo sistema de los gobiernos personales. Francia se complace en las tortuosas y envejecidas maniobras del papel moneda inconvertible, destruyendo las verdades económicas y aislándose del mundo comercial; en América la nación que había sido símbolo de todas las libertades y refugio de los perseguidos políticos de todo el orbe, cierra sus puertas a los hombres de ciertas razas y a las ideas de renovación, sin analizarlas ni preguntar de dónde vienen. Ese mismo pueblo que un tiempo hizo

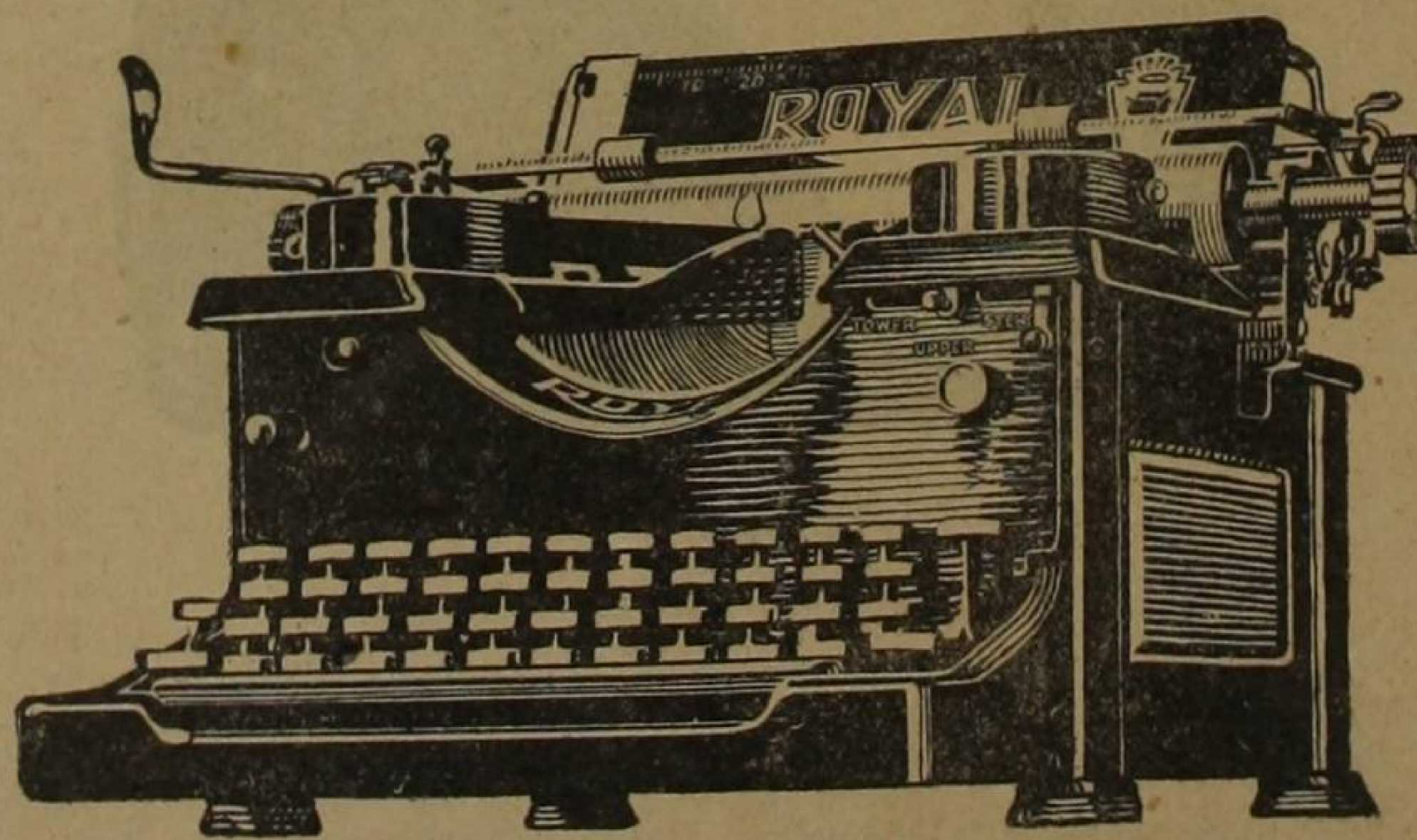
el gesto de libertador y enemigo de los opresores, usa de su poder para suprimir la libertad en pueblos débiles y para imponerles la coyunda del tanto por ciento.

Dos inteligencias sobresalen en la historia literaria de la Europa central y septentrional en las postrimerías del siglo XIX: Ibsen y Nietzsche. El autor de *Casa de muñecas* revolucionó el teatro, cambió la forma y el contenido de la obra dramática y lanzó al comercio universal ideas políticas y morales a cuyo influjo se ha transformado el mundo. Nietzsche recibió del genio un mensaje de destrucción. Su obra tenía por objeto demoler la vieja estructura moral llena de grietas y aplanar el suelo donde habían de levantar nuevos edificios los arquitectos del porvenir. De uno y otro puede afirmarse que basta leer unas páginas de un autor moderno para saber si escribió antes o después de ellos. Ibsen extendió su influjo a los problemas cotidianos de la política y de la vida social; su obra, de la cual no puede decirse que se contenga en el ángulo intelectual del vulgo, ha penetrado más en las capas sociales porque su vehículo es la obra de arte; Nietzsche ha quedado, por el carácter filosófico de su obra y por su tendencia a expresarse en forma de aforismo, un tanto apartado de la inteligencia general; pero las virtudes literarias de su obra de filósofo y de moralista son de tal excelencia que por medio de ellas han penetrado sus ideas positivas y sus grandes negaciones en la conciencia literaria de su tiempo. En 1888, cuando Nietzsche perdió fundamentalmente el uso de su razón, Ibsen empezaba a adquirir popularidad fuera de los países escandinavos. Su patria,

la austera Noruega, que cerró los oídos a las primeras amonestaciones del genio, ha plantado frente al teatro nacional de Oslo una estupenda imagen del autor de *Romersholm*, en cuyos perfiles de bronce se adivina el desacuerdo entre el ambiente y el poeta. Ibsen escribía para Europa, domiciliado en Munich, y es posible que el haber encontrado su obra más propicio terreno en Alemania que en los países escandinavos, fuese el resultado de la obra demoleadora y de nivelación llevada a cabo por Zaratustra.

En el teatro la fuerza y el poder expansivo de Ibsen no se limitan, como puede creerse, a su maravillosa capacidad de objetivar una idea y hacerla vivir en la representación de personajes más o menos reales, colocados en el escenario de las aspiraciones y aventuras usuales. En este aspecto su obra ocupa un lugar privilegiado en la historia de las corrientes literarias del ochocientos en sus brillantes e inolvidables postrimerías. Pero se comete un error imaginando que era la idea central del drama ibseniano la causa de la fascinación que empezó a ejercer de repente su teatro sobre las multitudes letradas. El objeto de la poesía, de la novela y del drama no es la difusión de ideas. La poesía lírica vive por su naturaleza de sentimientos y emociones; la novela y el drama son, como obra de arte, representaciones de la vida, y su objeto principal es o describir costumbres o crear situaciones interesantes o diseñar humanamente caracteres verosímiles, o hacerlo todo a la vez. Nada impide que en las representaciones vitales de la novela o el drama el autor ponga en circulación ideas que por su natural virulencia trasciendan del libro o de la escena a la sociedad. Pero el mérito real de la obra de arte literario no

yace en las ideas sino en la representación. Ibsen nos da una fastuosa comprobación de esta manera de ver la obra dramática. Cuando *Casa de muñecas* apareció en escena por primera vez, levantó airados gritos de escándalo entre las gentes de pensar tardigrado y los moralistas de púlpito protestante. La pieza mereció los honores de la prohibición en varias capitales de Europa y aún en el ambiente conocidamente liviano de la capital austriaca el director del teatro que primero se atrevió a ponerla en escena pidió permiso a Ibsen para dejar a Nora en casa de su marido y para modificar en tal sentido las últimas frases del drama. Ibsen contestó naturalmente que no consentía en tal despropósito y que sus dramas no estaban escritos para gentes susceptibles de escandalizarse. Más tarde *Aparecidos* levantó el mismo torbellino de protestas y de aplausos, unas y otros suscitados por la extrañeza de la idea general contenida en el drama. Hoy las naciones más cultas han convenido en que la mujer sea la igual del hombre en todas las avenidas del gran palenque social, y, donde así lo desea, puede la esposa dejar de figurar como el objeto de adorno que solía ser en los tiempos en que se escribió *Casa de muñecas*. A nadie perturba en nuestros días la verdad de las teorías relativas a la herencia morbosa ni la suma de error que pueda haber en ellas. Ni causan escándalo por su impiedad ni atraen a los cándidos por su novedad. *Aparecidos* mantiene como libro y como trabajo escénico la atención de los talentos maduros no por la novedad de las ideas que en ese drama se discuten sino por la espaciosa onda de realidad que circula en ese pedazo del mundo observado por el autor; por el vigoroso diseño de los personajes y por las notas altísimas de piedad con el dolor ajeno que suscitan sus mejores escenas. *Casa de muñecas* plantea un problema resuelto ya por las leyes y las costumbres. A medida que la mujer va dejando de ser un objeto de adorno en el hogar del siglo XX, el hombre toma su puesto y empieza a desempeñar su papel de elemento decorativo luchando con las limitaciones que rigurosamente y sin la más leve muestra de previsión le ha impuesto la naturaleza. Nora no inspira ya interés por su posición subalterna, porque en el mundo culto su emancipación ha sido completa. Pero *Casa de muñecas* vivirá mientras dure la escena y haya gusto por los espectáculos teatrales. Su técnica es de una firmeza y perfección casi inasequibles; la vida aparece abreviada con tan maravilloso arte, que por momentos se pierde la ilusión que nace de las convenciones teatrales; y los caracteres son tan consecuentes consigo mismos, que su



La más perfecta del mundo

JOHN M. KEITH Jr.

Representante

SAN JOSE

COSTA RICA

transparencia y verdad desconciertan por instantes.

En su creación de tipos reales el pincel de Ibsen se detiene complacientemente en la descripción de aquellas cualidades que determinan lo que se llama el carácter. El sentimiento de la responsabilidad, la tenacidad del propósito, el respeto a la palabra empeñada, la fe del individuo en sí mismo, el desdén por las convenciones sociales que pugnan con el sentimiento individual, son los rasgos prominentes de sus caracteres. El autor ignora las clasificaciones ordinarias que dividen los actos del hombre en recomendables o viciosos. Antes de Nietzsche sus personajes viven «del otro lado del bien y del mal». El carácter se mide por la fortaleza y la sinceridad

de los resortes vitales en el individuo. Reducido a su cuarto donde se pasea como una fiera enjaulada, John Gabriel Borkmann, haciendo el análisis implacable de sus fracasos, es un carácter tan irresistible y atractivo como el doctor Stockmann empeñado en salvar la verdad de sus teorías y la salud de sus conciudadanos, o como Hedda Gabler que se arranca de la vida con sus propias manos para salvar su libertad y para evitar, obedeciendo a un poderoso instinto, que se altere la línea y sufra eclipse su concepto de la belleza en el sentimiento y en la forma. En el centenario de Ibsen⁽¹⁾ se celebra con la ventura de su nacimiento la época en que llegó a su mayor altura el hombre de carácter.

B. Sanín Cano

Con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación

(Véase la entrega anterior).

2.—El Patio de las Fiestas y el Patio del Trabajo. — Don Diego seguía hoy con la cabeza vendada. La convalecencia era lenta; se había caído del andamio y había guardado cama durante varios días. Esa mañana estaba don Diego tan jovial como el día anterior.

Entramos al edificio de la Secretaría, doblamos a la izquierda, hacia el Patio de las Fiestas y me detuve ante un muro que ya había llamado mi atención. Era un compacto grupo de campesinos alrededor de unos hombres revestidos de cierta autoridad; tres de ellos eran ancianos y estaban sentados frente a una ancha y tosca mesa, al aire libre; sobre la mesa, unos papeles que examinaba un hombre mejor vestido y, junto a éste, tres hombres más con indumentaria de hombres ricos del campo. Pregunté a don Diego.

—Esta es una escena de dotación de tierras. Los tres ancianos forman el consejo ejidal, el hombre armado que vigila es el Procurador de Pueblos y está el ingeniero que examina los planos. Los campesinos esperan sus parcelas.

—¿Y esa disparidad de rostros, don Diego, es calculada por Ud. con algún fin preconcebido?

—Todas las fisonomías de mis decoraciones son tomadas del natural, aún tratándose de dioses a quienes he hecho con modelos netamente mexicanos y apropiados; cuando no tengo a

mano el modelo lo busco en mis recuerdos y lo reproduzco. Esta escena de la dotación de ejidos la había visto en la dotación de San Juan de Aragón, en 1923; me impresionó entonces por las opuestas representaciones sociales que veía allí reunidas; creo que he recordado bien a todos los personajes. Veá, esos dos gamonales son los grandes terratenientes españoles Remigio Noriega y su sobrino, y el que está con ellos es su abogado el Lic. Obregón, español también.

—¿Y alguien ha dicho ya eso, don Diego? ¿Se puede decir llegado el caso?—le pregunté impresionado por aquella revelación.

—¿Y por qué no?—Si los he pintado ahí ¿por qué no va a poder decirlo?

Y caminamos por la galería viendo las otras decoraciones. La siguiente ocupaba tres muros prolongándose por encima de los arcos; representa la Fiesta de los Muertos en tres aspectos distintos: en el Cementerio, donde se colocan guirnalda y flores y se quema el incienso, en la Ciudad, en donde se celebra el 2 de Noviembre; y en el Hogar en donde, durante la noche, se sirve la mejor cena posible para cada uno de los muertos de la familia mientras los deudos, respetando las sillas vacías, ayunan y rezan durante toda la noche. Siguen luego *La Fiesta de los Judas* (Domingo

de Gloria), *La Fiesta del Trabajo* (1.º de Mayo), la *Fiesta de Xochiquetzalli y Xochipilli*, las *Danzas sagradas en el Santuario*. Ahí nos detenemos; siguen luego dos muros, pintados el uno por Charlot y el otro por de la Cueva, y que están dentro del primitivo plan de las decoraciones.

—Veá, me dice don Diego, en la *Fiesta de los Judas* he pintado con la cuerda al cuello, a los tres Judas del pueblo: el Cura, el General y el Charlatán político.

Y luego, contestando algunas preguntas:—En la danza sagrada figuran ocho vírgenes, que son los ocho períodos indios de las fases de la luna; por eso le decía que presentan la danza de los días y los meses alrededor del sol. La decoración de la Cueva representa otro caso de lo que ayer le expliqué con respecto a Xochiquetzalli y Xochipilli; es otro injerto que hicieron los españoles en las fiestas religiosas de nuestros indios: mire Ud., es Santiago contra los demonios...

Yo tenía cansado a don Diego con mis preguntas sobre las decoraciones.—Ud. no tiene por qué explicar estas cosas, le había dicho, eso que se lo explique la gente, está bien, pero es el caso que yo no puedo estar muchos días, los suficientes para medio interpretar estos símbolos, aquí en México; tengo mis horas contadas, salgo de un momento a otro, quizá mañana mismo, yo qué sé!; y me interesa saber estas cosas, muchísimo, y nadie sino Ud. puede ayudarme a gozar en la comprensión de esta obra de Ud. Esto se lo repetía a menudo, tenía que repetírselo para instarlo a darme explicaciones de los símbolos. De modo que tenía que intercalar preguntas sobre otros asuntos, especialmente filosóficos y sociales; don Diego tiene una ilustración vastísima; me pareció más bien escéptico a fuerza de penetración honda y amplio conocimiento del mundo. Aquella mañana, entre otras cosas, hablamos de los poetas jóvenes de la revolución mexicana; y con una cordialidad paternal, como si se tratara de algo muy suyo, me habló entusiasta de los jóvenes poetas; luego tomó mi libreta de apuntes y escribió: «Carlos Gutiérrez Cruz, Germán Litz Arzubide, Manuel Maples Arce, Arqueles Vela»; me

la iba a devolver y volvió a escribir: «en Jalapa»; estos están en Jalapa; Gutiérrez Cruz está aquí, en el Banco de Crédito Agrícola».

En aquel momento habíamos llegado ya al Patio del Trabajo.

—No he acertado a explicarme, le dije, el por qué del nombre de estos Patios; además, en el Patio de las Fiestas, aquí en la planta baja que corresponde al plano material, hay canciones, oraciones y danzas, manifestaciones del espíritu, como en el tercer plano.

—El símbolo de estos dos Patios, en la planta baja, no se refiere al Trabajo ni a las Fiestas; el Patio que se llama del Trabajo es el símbolo de la Pre-Revolución; el de las Fiestas representa la Post-Revolución. La época de la Pre-Revolución no podía yo representarla sino con escenas dolorosas de los trabajadores; la Post-Revolución, con las alegres fiestas populares; Ud. observó allá que las fiestas se inician con la dotación de tierras, que no era precisamente una fiesta sino un acto administrativo que alegraba al pueblo grandemente. Las danzas, los actos religiosos, representan la superación adquirida por la materia popular con el triunfo de la causa revolucionaria, y están esas escenas hondamente ligadas, como Ud. va a verlo, con el tercer plano que representa el espíritu universal de nuestro tiempo.

Estábamos entonces frente a una de las amplias escalas, precisamente la que nos ocuparía toda aquella mañana. Mas antes de iniciar el ascenso, tenía que hacer a don Diego algunas preguntas rápidas. Habíamos visto, por su orden, *La fundición*, ese infierno y esos pobres hombres y esa grúa sombría; luego un chino, digo mal, un mexicano, en el conjunto etnológico de la escrupulosa recopilación racial de don Diego, con una onda, pastor primitivo que cuida los ganados en los desoladores desiertos de Méjico; luego, una alegoría más amplia. Me había detenido interrogando.

—Esto significa el Trabajo, en las proximidades al triunfo da la Revolución. La mujer sentada en medio de un corro de niños y de jóvenes y de un anciano, habiendo una jovencita que aprende a escribir en una pizarra, representa el progreso mental que aportaba la Revo-

(1) 20 de marzo de 1928.

lución a medida que iba triunfando: en los viejos, en los jóvenes, en las mujeres y en los niños, todo en proporción y conforme a la verdad de los hechos; detrás de ese grupo, el jinete plenamente armado es el soldado raso de la Revolución, que vela por el progreso que representa la maestra rural; ese soldado también vela por el progreso material representado en aquellos hombres que, en el fondo, labran la tierra, que ya es tierra, si no propia, cultivada por ellos como propia porque son sus ejidos.

Es natural que no pueda yo reproducir *textualmente* las palabras de don Diego; mis preguntas tenían que ser cortas y precisas ante aquel hombre tan

respetado y admirado por mí y cuya parquedad en el hablar me llenaba de zozobras. Sin embargo, estuvimos conversando durante cuatro mañanas enteras, y por ello puedo afirmar que las palabras que pongo en sus labios abarcan la plenitud posible de sus contestaciones.

—Don Diego, Ud. me contó que en el Patio del Trabajo había hecho un proceso completo, y veo que estamos empezando por el final, cuando ya la Revolución se presenta victoriosa.

—Es verdad; pero ese proceso no tiene la importancia

que Ud. le da; tiene que reducirse, en nuestra historia, a los puntos cardinales; por los cuatro confines no había más que trabajo bruto antes de la Revolución; cuanto he podido hacer es colocar a los trabajadores según su posición geográfica respecto de la capital: al Norte, en el pabellón del Norte, he colocado las fundiciones, las grandes fundiciones, y los latifundios, los grandes latifundios con sus horribles crímenes contra el labriego; al Sur, están los tejedores y los tintoreros, los que cultivan los extensos frutales y los cañaverales de azúcar; en el Centro, Este y

Oeste, se trabaja en cerámica, se cultiva el trigo, están las minas y además fue aquí en el centro en donde ocurrió por primera vez la unión del campesino y el obrero, la hoz y el martillo, las dos grandes fuerzas que dieron el triunfo a la Revolución. Ahora, en este costado se representa, efectivamente, el fin de la época pre-revolucionaria, como Ud. lo ha observado.

En aquel momento íbamos ya dirigiéndonos hacia la escala que debía ocuparnos todo el resto de la mañana, por el profundo símbolo de cada uno de sus detalles, por el glorioso símbolo total que en ella está escondido. Mas es lo cierto que conversamos otras cosas sobre el Patio del Trabajo.

Rafael Estrada

Costa Rica. Marzo, 1928.

1.—Nadie sabe lo que es la fidelidad hasta que no ha leído la historia de Damayanti: la historia de la princesa Damayanti, que está contada en el libro del Mahabarata. Muchas historias ha dejado el dolor de amar; pero la fidelidad una sola historia: la historia de Damayanti, la enamorada fidelísima, que está contada para la eternidad de los tiempos en el poema eterno de los brahmanes.

2.—Yo la he releído y me he dicho una vez más: "Todo es pálido junto a la esplendorosa flor, frente a la prodigiosa estrella de la fidelidad de Damayanti". Muchos dijeron antes esto mismo; muchos lo dirán después; y ni soy el primero ni seré el último que refiera esta historia maravillado.

3.—¿Es fiel el prisionero a las rejas que lo encierran? Aca-so no conoce el Occidente otra especie de fidelidad. Pero la historia de Damayanti no tiene nada que ver con tales miserias, y es con justicia el asombro y la gloria de los hombres, si no también la gloria y el asombro de los dioses. ¡Dichoso el poeta que por primera vez la contó! Ese fué oído juntamente en la tierra y en el cielo. Dichoso todo el que la cuenta. Dichoso todo el que la oye contar.

4.—Poco sabe del verdadero amor el Occidente; y aun es posible que asistamos a un oca-so de las cosas del corazón. Por de pronto, flotan nubes de oro y de rosa en un cielo que todavía suponemos matinal; pero

¿qué haremos cuando por sobre las flotantes nubes de rosa y de oro empiece a echar sus crespones la noche? Contar y repetir historias como la de Damayanti es encender algunas antorchas para la noche que llega.

5.—¡Miseria occidental la de creer que el amor sólo ata por el espacio de unas pocas lunas! ¡Miseria la de asombrarnos cuando se nos da siquiera un instante de añadidura! ¡Miseria la de imaginar que el amor es solamente un engaño de los sentidos! Damayanti sabía dos cosas muy diferentes: que la planta del verdadero amor florece para la eternidad y que no es un engaño de los sentidos, sino realmente la única verdad de la vida.

6.—¡Miseria occidental! ¿Cuándo comienza la mutua desconfianza y el recíproco recelo? La mutua desconfianza y el recelo comienzan ya en la segunda mitad de ese fugacísimo instante de la primera confesión ¡Miseria occidental de la desconfianza escéptica! ¡Ah!, no desconfió ni receló Damayanti cuando el príncipe Nalo le dió la primera prenda de amor!

7.—Pero Damayanti conoce el secreto del amor de las almas. Damayanti sabe bien que allá en el principio, cada espíritu constaba de dos almas gemelas que hubieron de separarse después, encarnando en sendos cuerpos; pobres sedientas almas

que desde entonces no cesan de buscarse por los caminos de la vida, a través de unas y otras encarnaciones. Esto es lo único que sabe Damayanti.

8.—Y pues que en el principio fueron un solo espíritu estas almas, y, pues, que no cesan de buscarse en la tierra, a través de las reencarnaciones, soñando con reconstituir un día aquel espíritu solo, jamás Damayanti dudará del amor del príncipe Nalo, ni de una sola de sus palabras, así parezca desmentirlo toda la vida. Porque Damayanti ha reconocido en el príncipe la otra mitad de su divino ser.

9.—¡Miseria, miseria occidental! El amor en Occidente ha cumplido hazañas sin fin de obstinación y de arrojo, y ha conocido el tremendo coraje del sacrificio o la venganza. ¿Pero cuándo, pero cuándo se vió entre las mujeres adoradas, nada igual a Damayanti?

10.—Y esta es su historia: Nalo, el famoso príncipe Nalo, se ha enamorado de la princesa Damayanti, la hija del rey Bima que reina en Vidarba. Se enamoró de Damayanti por la fama de su belleza, no por haberla visto, que nunca la vió; aunque bien cierto debe ser que a todas horas la veía con los ojos del alma. «¡Tuviera yo alas!», exclamaba el príncipe, envidioso de los pájaros de las florestas. «¡Tuviera yo alas!» Y un día los envidiados pájaros, apiadán-

dose, volaron hacia Vidarba, mensajeros de aquel amor.

11.—Y Damayanti, que no cesaba de oír las alabanzas que levantaba el nombre de Nalo, estábanse aquel día sentada con sus amigas en las alfombras de una galería del palacio. Y, naturalmente, se había quedado pensando en Nalo, a quien amaba con grande amor, aunque nunca lo viera. Y en esto, una bandada de pájaros se posó entre ellas, y sobre las faldas vistosas y sobre los hombros desnudos, entre juegos y górzeos divinos. Mas luego se echaron a volar. Y como se échasen a volar, cada una de las doncellas hubo de correr en pos de cada uno de los pájaros. Y Damayanti iba persiguiendo un ave maravillosa sin conseguir darle alcance, y en su loca persecución se fué internando, internando en lo solitario de un bosque.

12.—Hasta que, al fin, en la soledad del bosque, el ave con voz musical, habló así: «Damayanti: Nalo, más hermoso que todos los dioses; Nalo, el orgullo de los hombres, se ha enamorado de ti. ¿No lo tomarás por esposo? Ni entre los dioses, ni entre los semidioses, ni entre los hombres, los gigantes y los genios, hay ningún ser que se le asemeje. Si tú eres la perla de las princesas, Nalo es la diadema de los príncipes. Tómalo, tómalo por esposo».

13.—Entretanto, el viejo rey Bima, padre de Damayanti, rey

Fidelidad

=De La Prensa. Buenos Aires=

de Vidarba, ha convocado a todos los grandes de la India para que la princesa elija su compañero. Mas he ahí que no sólo príncipes, sino dioses también concurren al amoroso certamen de la gallardía y la belleza varonil. Nalo mismo los halla en el camino, y los propios dioses le participan su designio: «¡Oh!, Nalo. Enamorados de Damayanti, henos aquí ansiosos de su elección. Anda de parte nuestra, y pide para alguno de nosotros la mano de Damayanti». Así lo atan a la obediencia religiosa, y Nalo lleva el mensaje, que es su muerte. Pero Damayanti jura que ha saber burlar con su astucia a los dioses.

14.—No, no es fácil. Cinco de entre ellos tienen ahora las mismas formas y las mismas vestiduras de Nalo. Si no es la humana tristeza de su mirada, cosa alguna diferencia a Nalo de sus resplandecientes rivales. Ya avanza, ya avanza la triste Damayanti. Pero pronto se adivinan entre sí las tristezas de los que se aman; de suerte que Damayanti reconoce a Nalo entre todos los dioses, y lo elige para esposo.

15.—A lo que él responde: «¡Oh!, Dayamanti. ¿Por qué me has escogido, cuando hay dioses que aspiran a tu mano? Alza tu pensamiento y tus miradas hacia uno de esos custodios del mundo. Oponerse a la voluntad de los númenes, no es más que provocar a la muerte». Y ella contesta, simple y maravillosamente: «Adoro y venero a los dioses; pero sólo a ti amo».

16.—Y se celebraron las bodas. Y fueron felices un año y otro año y otro año más.

17.—Mas he aquí ahora que dos terribles demonios se habían enamorado también de Damayanti, y juraron vengarse de su desdén. Vedlos ahí cómo corren a destruir el hogar de Nalo. Ved ahí cómo encienden rabiosos en el corazón del príncipe la pasión arrebatada del juego.

18.—Nalo juega. Nalo pierde. Nalo pasa los días y las noches jugando. Nalo pierde sus posesiones y sus dominios. Nalo pierde sus joyas, y hasta las joyas de Damayanti. Nalo pierde su manto y su vestido, y hasta el manto y los vestidos de Damayanti. Nalo ha caído



Para Joaquín García Monge, en San José de Costa Rica:

Cumpliendo con la resolución unánime de los desterrados peruanos de ofrecer nuestro contingente de sangre a la causa de la libertad de Nicaragua, que es la causa de la libertad de América Latina, parto con dirección a las montañas nicaragüenses. Seguros de que el pueblo peruano nos acompaña con su adhesión y con su fervor, ninguna actitud mejor que ésta podía desautorizar la postura de la delegación de Leguía en la VI Conferencia. Siga usted indismayable en el camino de apostolado que bordea sincera y lealmente.

Mis manos,

Esteban Pavletich

México, D. F.

en la abyección y en la miseria. Pero Damayanti lo sigue, más fiel que si fuera la sombra de su cuerpo.

19.—Han hecho una gran jornada por el bosque; tan dura, que Damayanti, en el límite extremo de la fatiga, se ha dormido. Nalo la ve dormirse, y como quiera que un demonio se ha apoderado de él, he ahí un pensamiento horrible en su alma: el pensamiento de abandonar a Damayanti en la soledad de la selva. Lo piensa y lo hace.

20.—Esto ha pasado en el bosque de los espantos, de no-

che. Al nuevo día, Damayanti, en andrajos, llama en vano a su compañero. En su dolor, sus ideas se vuelven delirantes y locas. Pero, cosa sublime: no hay palabra suya que lo acuse ni lo injurie; ella sabe que Nalo no la abandonó por su gusto; ella sabe que un demonio se apoderó seguramente del alma de Nalo. Sufre como quien más sufrió, pero sufre por él, no por ella, pensando en los remordimientos que habrán de roer mañana el corazón del pobre Nalo que sin duda yerra siniestra y miserablemente por el bosque, perseguido sin descanso por la desesperación.

Arturo Capdevilla

21.—Y un día, Damayanti se topó con una caravana de mercaderes, los cuales, tocados de la piedad, acabaron por llevársela consigo. Pero esa misma noche la caravana fue asaltada en el bosque por una manada de elefantes salvajes, que cayeron como una borrasca sobre los viajeros. Desgarrados, magullados, deshechos, éstos mueren, aquéllos quedan malheridos. Y como amaneció, los viajeros se decían, los unos a los otros: «Esta mujer cubierta de harapos, está insensata, este demonio hembra, errante entre las tinieblas, es la que atrajo sobre nosotros la desventura». Y añadían: «¡Ea, degollémosla!».

22.—No la degüellan, a la verdad; pero la dejan sola, abandonada al destino de las pobres criaturas errantes. Y es lo cierto que en su desnudez y en su hambre, Damayanti sigue siendo bella. Hasta las serpientes se enamoran de esa diosa en la selva. Y si un tigre, acaso, se adelanta en la floresta para devorarla, luego se echa a sus pies, como una almohada de mansedumbre, vencido por la santidad de aquella esposa fidelísima que va diciendo sin cesar: «Pertenezco a Nalo, solamente a Nalo». Mata con la mirada al que osa desearla. Así dió muerte a un cazador. Y dijo a la tierra y a los cielos: «De este modo perecerán todos los que osen profanar con un mal deseo a la esposa de Nalo».

23.—Así va cruzando la negra selva. Menos mal que en lo negro de la floresta hay monasterios de buenos brahmanes, donde los buenos brahmanes predicen el retorno de la felicidad.

24.—Y un día retornó la felicidad para Nalo y Damayanti conforme los brahmanes lo predijeron. Y aquellas dos almas tanto tiempo separadas, formaron otra vez un solo espíritu. Y Nalo encontró abundante el perdón; el perdón del amor que purifica de todas las culpas.

25.—Y ni soy el primero que ha contado la historia de Damayanti, ni seré el último; porque cosa igual a la historia de su fidelidad perfecta no se vió ni se verá; ni en todo lo pasado de lo pasado, ni en todo lo venidero de lo venidero.

Noticia de libros

BORGES, J. L.—*Inquisiciones*.—Buenos Aires, Editorial Proa, 1925, 164 págs.

OBRA de uno de los mejores poetas jóvenes de la Argentina, poeta «de vanguardia», según la palabra en boga, este libro de *Inquisiciones* o disquisiciones filosóficas y literarias merece señalarse a la atención de los lectores de la *Revista de Filología Española* por la orientación del autor, nueva en castellano, hacia la estilística y por sus trabajos sobre dos autores de los siglos XVII y XVIII: Quevedo y Torres Villarroel. Tiene Borges la inquietud de los problemas del estilo; el suyo propio lo revela: a cada línea se ve la *inquisición*, la busca o la invención de la palabra o el giro mejores, o siquiera de los menos gastados. No siempre acierta. Estilo perfecto es el que, con plenitud expresiva, oculta las inquisiciones previas; es de esperar que Borges aprenda a quitar sus andamios y alcance el equilibrio y la soltura. Entretanto, sus estudios son de valor singular por su calidad y por su rareza; en español se ha escrito bien poco sobre el estilo, fuera de los libros de preceptiva, huecos y vagos en gran mayoría, con el frecuente pecado de ser frutos de traducción o adaptación en vez de observación directa (excepciones: Capmany, Milá,...). En Borges la investigación estilística comienza, naturalmente, en la palabra. Apenas se detiene en los sonidos; concede poco a la calidad sonora del lenguaje; llega a ensañarse contra la *musicalidad* del verso (¡expresión que acoge demasiado a la letra!); pero a veces, de paso, celebra el don rítmico en poetas como Fernán Silva Valdés, el modernísimo criollo del Uruguay. Curioso es que se detenga en minucias gráficas, como escribir *verdá*, *criollédá*, (grafías que corresponden a una realidad fonética francamente limitada, en el Río de la Plata como en España: cfr. T. Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, segunda edición, Madrid, 1921, págs. 79 a 82). Pero la palabra le interesa en todos sus aspectos de significación: la riqueza léxica (punto que toca de paso en el castellano de Quevedo o en el inglés de Sir Thomas Browne); la relación entre etimología y semántica; la diferencia entre

el vocabulario culto y el vulgar; con muy especial atención al latinismo y al popularismo, y, en América, al matiz criollo. Entrando al papel de las voces en el estilo, se plantea—con inclinación a resolverlo negativamente—el antiquísimo problema de las «palabras nobles» (págs. 44, 99, 139); reconoce también, que no basta la palabra que meramente enuncia, como en las enumeraciones de Walt Whitman; y hace la autopsia de tres vocablos típicos de la era de Rubén Darío y ahora caídos en desgracia: *inefable*, *misterio*, *azul* (págs. 153 y sigs.). La historia de las modas literarias haría divertidos vocabularios de cada época: al modernismo, con *azul*, *inefable* y *misterio*, le corresponden *lago*, *parque*, *cisne*, *princesa*, *perla*, *lirio*, *ensueño*, *ideal*, *triumfal*, *lírico*, *olímpico*, *grácil*, *impoluto*; al romanticismo, *lid*, *embate*, *estrépito*, *abismo*, *ciprés*, *suspiro*, *brisa*, *altanero*, *ardoroso*, *bravío*, *nefando*, *fatídico*, *errabundo*, *proscrito*, *yerto*; al academicismo del siglo XVIII, *orbe*, *lares*, *numen*, *estro*, *furor*, *blasón*, *guirnalda*, *beleño*, *inclito*, *fausto*, *ledo*, *umbrío*, *pío*, *sonante*, *célico*, *vago* (el romanticismo no rechaza el vocabulario académico: lo ensancha; pero el modernismo escasamente tolera uno que otro de los afeites románticos, como la *palidez*). En la elaboración del estilo atraen a Borges las imágenes, y, entre ellas, la metáfora, problema central para el grupo hispánico «de vanguardia»: a ella dedica estudio especial (págs. 65 a 75) y multitud de observaciones en otros trabajos; agudo, todo ello, hace desear la *inquisición* total, la ojeada que abarque íntegramente. La natural inclinación filosófica de Borges lo lleva a advertir que las imágenes no son el límite de la expresión, y que toda técnica de ellas degenera fatalmente en retórica (véase *Después de las imágenes*, págs. 26 a 29). Señálanse en el libro, todavía, otras observaciones: así, a propósito de Quevedo, el interesante análisis de su estilo, de tipo *intelectualista*; la frecuente ausencia, en los siglos XVI y XVII, de la «gradual intensidad y escalonada precisión del soneto», para terminar en

«los versos más ilustres», atisbo histórico que merecería completarse. El soneto, al naturalizarse en España, trajo como arrastre el ser muchas veces eslabón de una cadena o secuencia (todavía ocurrió así en Boscán, según lo reveló Enrique Díez-Canedo en su edición de los versos de Garcilaso y su amigo, Madrid, 1920); cuando quedó por fin suelto como composición breve, era inevitable la tendencia epigramática, la tendencia a «acabar en punta», que se ve aparecer en los Argensolas, en Lope, en Arguijo, mientras Que-

vedo y Góngora se atienen a la tradición. Insuficientes, las observaciones sobre conceptismo y gongorismo: el gongorismo es más que «intentona de gramáticos» enamorados de las «palabras nobles»; tuvo el ansia de la riqueza de imágenes y —en Góngora— el amor de los colores. Borges, por fin, lleva sus preocupaciones literarias más allá del estilo, hasta el carácter, el espíritu de los pueblos y de los lugares (finas observaciones sobre Castilla y Andalucía), y hasta el anhelo de la expresión criolla de América, presente en todo el libro.

P. Henríquez Ureña

Revista de Filología Española. Madrid 1926. Cuaderno 1.º

MÁXIMO SOTO-HALL. — *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*.

En las librerías de esta ciudad se ofrecen a la pública tentación, con incitantes rótulos, dos nuevas obras de Máximo Soto Hall, el bien conocido, el ilustre escritor centroamericano que desde las columnas de *La Prensa*, cumbre de la mentalidad indoespañola, hace con su palabra vehemente llamamiento tras llamamiento al patriotismo adormido o perezoso de Hispanoamérica a fin de que, sin más vacilaciones, organice sus capacidades de resistencia contra la política de absorción norteamericana: titúlense *La sombra de la Casa Blanca* y *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*. Sobre la primera de estas dos obras, que es una novela, el profesor don Justo A. Facio, a quien *La Prensa* de Buenos Aires cuenta entre sus colaboradores, prepara un estudio que nosotros publicaremos; sobre la segunda, o sea *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*, obra de palpante actualidad, a la cual se debe comentario que sea como el eco al grito de prevención, nosotros vamos a expresar sin demora, por ser cosa de urgencia, el concepto que nos merece y lo que para todos nosotros vale como instrumento de defensa en la campaña antimperialista.

Cumple a nuestro propósito, que propende a sugerir la necesidad, a nuestro parecer, imperiosa, de leer este libro, como muy pocos, oportuno, reproducir en este lugar, por vía de ilustración, el elenco de los tratados en que el texto se divide y a lo largo de los cuales el pensamiento del autor se desarrolla con vigoroso relieve: helo aquí: I—Un crimen sin nombre; II—Complicidad de los gobiernos de la América Central y tolerancia vergonzosa de los gobiernos de la América Latina; III—La única y sola causa de los desgraciados sucesos de Nicaragua; IV—Un

nuevo crimen de Chamorro; V—La caída de Zelaya y la dominación yankee; VI—Sinopsis de los acontecimientos políticos de Nicaragua en relación con el imperialismo estadounidense; VII—Las próximas elecciones de Nicaragua; VIII—El General José María Moncada; IX—Figura de barro y figura de oro; X—El ruidoso fracaso de la VI conferencia panamericana; XI—Nicaragua, pueblo, y Nicaragua, gobierno; XII—Juan Santamaría; XIII—Recuerdos que debieron evocar los delegados; XIV—Panamericanismo argentino; XV—Opiniones de personalidades estadounidenses sobre los asuntos de Nicaragua». Este índice equivale a la presentación de la idea que sustancialmente informa el libro de Soto-Hall y viene en nuestra ayuda para justificar el énfasis laudatorio con que lo recomendamos a nuestros lectores.

Desde luego, en la obra que analizamos aparece, sin ambages, sin disimulos, antes bien, con caracteres de singular crudeza, la actitud combativa; débese esto, en primer lugar, al temperamento brioso del escritor,—circunstancia que en él acusa una personalidad sin doblez; cierto que el convencionalismo artificioso de las retóricas aconseja dirimir con serenidad todas las cuestiones, mayormente cuando en ellas la razón está de nuestro lado y brilla de manera inconcusa; pero hay materias que, de suyo, pertenecen a género en que no cabe lo contencioso, que carecen de los términos lógicos con los cuales se constituye y se formula un juicio; ¿existe en estos casos el fundamento *sine qua non* para establecer un debate? No; en estos casos la mente ya no funciona como el ingeniero que sitúa coordenadas para emplazar la geometría de su dialéctica; en estos casos la mente

es una caldera en que hierve la indignación, — aquella indignación que sacude violentamente la pluma y hace que ésta restalle como el látigo de Juvenal. Así es cómo se explica el tono airado que, con el calor de una protesta viril, usa el escritor en todas las páginas de su libro al referir los crímenes de que ha sido víctima el hermoso país de los lagos. ¿Cabe acaso admitir que se discuta, es decir, que se ponga en tela de juicio, el derecho de una nación, cualquiera que sea, a que se respete su autonomía?

Tal vez pudiera creerse, si se toma literalmente lo que antes se dice, que *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* es un simple desahogo, hinchado y teatral, a lo sumo, del patriotismo indígena; nada de eso: vibra ciertamente en el libro de nuestro conterráneo, sobre todo, la elocuencia de la indignación, y es ella tan soberana a veces que hasta lo hace incurrir en descuidos de forma, como le ocurriría a quien, anheloso de asestar golpes en firme, no se preocupase mucho por mantener en el rigor de la lidia la apostura de que, aun a riesgo de todo, se envanece el luchador académico; sin desmerecer por esto en manera alguna, el libro de Soto-Hall viene a ser, en estrecha conformidad con el generoso intento que lo inspira, como obra de combate, la historia, — y no así como se quiera, una simple historia; no: una historia bien documentada del lento y terrible vía-crucis que el pueblo de Jerez ha recorrido hasta llegar a la cumbre del calvario lastimoso en que hoy se ofrece a la contemplación universal.

Mucho es lo que ya se ha escrito sobre el caso de Nicaragua; esto, después de todo, resulta cosa enteramente natural, supuesto el grado de convivencia en que la civilización confunde hoy a todos los pueblos, entre los cuales la línea divisoria sólo parece tener un valor geográfico; en su mayor parte, las otras divisiones han desaparecido bajo la piqueta de un interés superior, común a las democracias; los pueblos tienen hoy una justa comprensión de su personalidad jurídica, que hace por donde desenvolverse en toda su amplitud, — es decir, en todas sus múltiples

aplicaciones sociales; base de ese desenvolvimiento tiene que ser la conservación de la autonomía en toda su integridad; por eso ha provocado tan calurosos, tan generales gritos de protesta la política de intervención que el gobierno norteamericano tan campante se gasta con las pequeñas y débiles nacionalidades que circuyen el mar Caribe.

Como forma de opinión que condena el atentado intervencionista, — todo lo que se ha escrito sobre el caso de Nicaragua, y es mucho, en verdad, tiene un valor de muchísima monta, ya se tome en conjunto o en lo que a cada cual corresponde, separadamente; en su totalidad, la cuestión ha sido ilustrada por todos sus aspectos; plumas eminentes le han dedicado cuidadosos estudios; el orbe civilizado no ignora ya la magnitud del crimen que un gobierno archipoderoso, traicionando sus propias declaraciones sobre el respeto que, por igual, se debe a todas las nacionalidades, lleva a cabo sin ningún disimulo en la persona de un pueblo débil; pero, dispersa en periódicos y revistas, la labor de los escritores mundiales resulta así fragmentaria; el libro de nuestro conterráneo viene ahora, muy oportunamente, a llenar la deficiencia de información a que aquí se alude.

Reséñanse en él, desde tiempos muy atrás, las nefandas luchas políticas que han precipitado el país en el abismo de abyección y miseria en que hoy yace a merced de odiosos intrusos; se reproducen los documentos ignominiosos por medio de los cuales los traidores nicaragüenses, sostenidos en el poder por la marinería yanqui, hacen entrega de su patria a los especuladores de Wall Street, de que es agente el gobierno saxoamericano; proceso valientemente levantado ante la conciencia pública, en este volumen de Soto-Hall aparece definida con todos sus negros colores la culpabilidad que en la comisión del crimen les cabe a los malos hijos de Nicaragua, al imperialismo norteamericano y a la insaciable voracidad del dólar. También allí se destaca, sobre pedestal formado por un continente, la figura reivindicativa de Sandino, representante de esta raza indoespañola que cifra el desiderátum de su des-

tino en tener una patria libre; —repercute, por último, en el libro la voz generosa y, a veces, tonante, que a través de la historia han lanzado, para condenar y combatir la acción acaparadora de los gobiernos estadounidenses, personalidades insignes de todas las latitudes, —incluso de Norte América.

Nicaragua y el imperialismo norteamericano es, pues, una obra escrita, por modo concienzudo, para suministrar información completa y metódica sobre los diferentes aspectos que en la lentitud de su desarrollo la

situación nicaragüense asume a impulso del imperialismo norteamericano. Con la publicación de esa interesante obra, editada en la capital argentina, que es ya una tribuna eminente, Soto-Hall le ha prestado un nuevo e inapreciable servicio a la causa de América, que tal alcance tiene para los países del mundo colombino la redención de Nicaragua. Reciba nuestro ilustre compatriota el aplauso sincero y, sobre sincero, cariñoso, que desde estas lejanías sus admiradores le enviamos con ese motivo.

Justiciero

San José,
Costa Rica.

BLANCA MILANÉS.—*Música sencilla*.—Ilustraciones de Solano.

Revela un esfuerzo editorial magnífico. A la par del avance intelectual de los países, se manifiesta el deseo de una presentación artística superior de los libros que en él se publiquen. Podriase juzgar a los pueblos por el aspecto exterior de sus volúmenes, como a los hombres, hasta cierto punto, por sus vestidos. No pretendo que la comparación sea exacta; pero hay sitio en esto para una sutil analogía.

Así, esta obra, es, por tanto, una medida de lo que son nuestras imprentas y, de la calidad del medio que las obliga a trabajar en esta forma.

Se trata del primer libro de una escritora. Se advierte en las páginas que cincela, el afán por la prosa limpia y precisa, aunque el motivo no tenga la originalidad que exigimos en la época. Acaso sea esto mejor, tratándose de una poetisa que desea vivir con sencillez sus emociones corrientes, excluyendo, adrede, lo exótico, lo insincero, lo aparatoso, lo demasiado obscuro. Ya vendrá el tiempo en que sus realidades íntimas cristalicen nuevos y más sutiles motivos, para regalo de críticos más exigentes. Yo me conformo, en este caso, con escucharla cantar, con la sencillez candorosa de la obra primigenia.

Lo cierto es que en ella empieza a forjarse un espíritu capaz de florecientes promesas literarias.

El otro aspecto de la obra, el de las ilustraciones de Noé Solano, tiene un valor excepcional en nuestro país. Verdad es que los colores no siempre están de acuerdo con la línea armoniosísima del artista que hay en Noé. Y se quisiera desde el primer momento, el predominio de los tonos suaves, diluidos, desde la carátula hasta el último dibujo. Pero no vamos a atribuir al dibujante los excesos de la máquina, que no siempre da tiempo para ser probada como se quisiera. Sin embargo, también hay aciertos

de color: véase, si no la ilustración de *Floreccillas*, de un verde de invierno que contrasta con cierta blancura luminosa del cielo. O esta otra del *Vaso de Amor*, rojo y negro; o aquella otra de la *Canción de la Niebla*, lechosa, como la niebla, en que la perspectiva de cuatro árboles sentimentales refleja el misterio de las nubes bajas o aquesta, más dulce todavía, de las montañas azules, vistas desde una terraza de palacio, con baranda negra. El contraste de estos colores con el blanco de las nubes, revela un sentido exquisito de las proporciones cromáticas. La idea de distancia tropical que da Noé en esta ilustración es exquisita. Esta de *Las enredaderas* colgantes de la pared hueca que cubre el vacío, da una impresión rotunda de belleza por el color como por las líneas. Alma de poeta romántico, mejor, mucho mejor, que la del caricaturista que hay en Solano, se manifiesta en este dibujo bellissimo. Pero la más vigorosa de sus ilustraciones es la correspondiente a *Retazos de Vida*: un pensador sentimental, gris y negro en frente de una vela que se extingue y con la cabeza sobre una mano encantada acaso en los primores del arte. Los caracteres fuertes, nadan sobre una sombra espesa, que ahogan los ojos, presentidos ya en el ensueño íntimo y atormentado del poeta. El humo de la lumbrera ya casi extinta, se enreda, perezoso, en un juego de arabescos tristes. Las estrellas y la luna, nadando en la sombra. Nosotros, en tanto, nos sentimos críticos satisfechos en presencia de esta dolorosa y concentrada psicología.

Noé Solano da, con esta obra, idea de lo que puede y de lo que sabe. Dentro de sus tendencias que no son todo lo modernistas para alarmarnos, ni todo lo clásicas para hacernos morir de hastío, no existe nadie en el país que pueda competir con él. Lo ha demostrado en esta *Música Sencilla*.

Moisés Vincenzi

San José,
Costa Rica.

Nos place anunciar que el sábado próximo, a las 8 y 30 p. m., en el Teatro Nacional, daran su primer concierto don Julio Berrocal y su señora doña Isabel.

Se trata de dos artistas costarricenses que han hecho grandes esfuerzos por completar su cultura en Italia y que llegan a Costa Rica con el fin de mostrarnos el tesoro de sus empeños.

Nos buscan, nos piden apoyo. ¿Podríamos negárselo? No, eso no estaría bien. Acudan al Teatro Nacional, cuantos en esta ciudad gustan del arte y piensan que al ser costarricenses los artistas, la patria como que crece.

Sandino

Me pregunta Ud., amigo D'Ambrosis, lo que pienso sobre la resistencia del general Sandino a las fuerzas norteamericanas. Me pone Ud. en apuros: yo oigo hablar de política la mitad del año — el tiempo que paso en París — pero yo no querría saber nada de todo eso. Sin embargo, voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digó las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política vendrá a ser (perversa política), la entrega de la riqueza de nuestros pueblos; el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad; el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras — que ya se desnudan con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes. Van, por servirlo, estas líneas que contienen, más que observaciones más, comentarios oídos en París a sudamericanos dirigentes.

G. M.

SON ciertas las palabras con que Froylán Turcios ha hablado del general Sandino: «Los ojos del mundo (yo diría del mundo español, porque al resto le importamos bien poco) están puestos en Sandino». Sin esperanza alguna de que él venza, por un destino de David hondero, que ya no aparece, con la esperanza únicamente de que alargue lo más posible la resistencia y postergue la entrega del territorio rebelde, a fin de que se vea hasta dónde llega la crueldad norteamericana, hija de la lujuria de poseer.

La prensa francesa y la inglesa demuestran—y hasta de ello hacen alarde—estimación y estímulo hacia el partido liberal de Nicaragua, así como de repugnancia por la extorsión de Estados Unidos. Si los norteamericanos no poseyesen esa impermeabilidad de diorita para la opinión del mundo y sus expresiones de simpatía o de repulsa, tomarían en cuenta este coro reprobatorio de los grandes cotidianos europeos. Pero su insensibilidad, que hace parte de su fuerza, los deja sordos a semejante réplica que ningún otro pueblo desentendería.

Algunos esperan que una resistencia de un año alcance a desentumir la conciencia de los demás países nuestros y a decidirlos a una acción diplomática de conjunto, semejante a la que provocó la conferencia de Niágara Falls en la cuestión con México.

Otros desean que Sandino y su gente vayan semana a semana elevando el tono de su hazaña, para que los Estados Unidos, midiendo las dificultades de la dominación en un país pequeño, no emprendan la de los grandes...

Tal pensamiento, que he sorprendido en más de uno, me parece, por malicioso, un poco ruin.

Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un Club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. (Al cabo tiene Nicaragua dos fronteras no demasiado pequeñas y que es posible burlar). Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales, no quieren hacerle el préstamo de sí mismo, deberían ir haciendo una colecta continental para

dar testimonio visible de que les importa la suerte de ese pequeño Ejército loco de voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sures y los bolívares suramericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados.

Francia vió en la guerra aumentar día por día la llamada *Legión Extranjera*, formada por jóvenes que de los pueblos amagados por el peligro, venían a ofrecerle lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven. Sandino, según parece, no ha visto llegar hasta hoy los mozos argentinos, chilenos, ecuatorianos, que son su misma carne, y que le deben una lealtad temeraria y perfecta que sólo la juventud puede dar. ¿Dónde está la naturalísima, la lógica *Legión hispanoamericana de Nicaragua*?

Sí, Froylán Turcios dice también verdad escueta asegurando que la lucha en que se ha echado como en una marejada mortal el general Sandino, alcanza y supera a las Troyas clásicas que los bachilleres aprenden de memoria para sus exámenes. Sólo que aquella época que ellos celebran en sus tesis no tenía como ésta el concepto *espectacular* de un choque de razas, sino que griegos y troyanos precipitaron la flor de su generación en el infierno de la lucha, porque la justicia entonces era cosa más viva, más caliente e inmediata, un salto recto de flecha hacia al objeto angustiador. En nuestro tiempo, a esta hora en que escribo, y con el derecho inter-

nacional que jiba al mundo, se está «discutiendo en La Habana el derecho a discutir la cuestión de Nicaragua» y se oye con una paciencia que yo llamaría de otra manera, el discurso, con inflexiones a lo Marco Aurelio o a lo cuáquero, de Mr. Coolidge. Su discurso de apertura en la Conferencia Panamericana será el ejemplar mejor de la literatura política del sepulcro blanqueado, que suelen enseñarnos las razas anglo-sajonas.

La aseveración más grave que yo he oído es la de que «en Nicaragua los norteamericanos tienen razón porque apoyan a un Gobierno aceptado y querido por una mayoría a la cual la intervención yanqui da complacencia a causa de las ventajas y el logro material que lleva consigo».

Son palabras de un joven nicaragüense, y no le han quemado la boca ni siquiera alterado el rostro cuando me las repetía.—«El derecho, si por tal hemos de entender la voluntad expresa de la mayoría, está con el señor Díaz».

Y yo le he contestado el argumento, porque ya he aprendido en muchas fealdades semejantes de los políticos, a distinguir entre «derecho» y justicia, es decir, entre forma y espíritu, entre el hueso muerto y el tuétano vivo, entre papel sellado y honestidad. Le dije solamente que, a creerle, sería verdad lo que se ha dicho por un español: que la traición es la mitad del temperamento mestizo, una especie de aliento nuestro que nos envenena y

una aventura cotidiana en cuya trampa hemos de perecer.

Es muy difícil, a esta distancia, formarse juicio cristalino de lo que allá ocurre. Pero aún ignorando detalles y con un puñado de datos, las líneas grandes de la situación ya rojean y hasta llamean de verdad: el general Sandino carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana, vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de «los dos mil de Sandino» para hacer lo mismo. Gracias a él, los nicaragüenses que ayudan al establecimiento del protectorado, ellos mismos, serán menos desdeñados que el protector que les concederá cierta honra porque son, al cabo, el hermano o el pariente de «aquel Sandino». Suelo arrebatado pulgada a pulgada, como es el de la zona rebelde, y no entregado como una pieza de lienzo, suelo mordido por la granada de los aeroplanos, por el precio infinito de la hazaña y centuplica los fusiles y las máquinas infernales, cobra el valor de sus poblaciones: como que se vuelve la carne viva de la historia.

Echa este rectángulo de suelo un aroma de santidad que purifica el resto deshonrado y hace recordar y bajar la cara a los que malamente llegan a dominar semejante lote de gentes y de naturaleza.

Ya se ve—¿por qué no decirlo aunque los burlones se rían con su fácil sonrisa?—ya se ve un culebreo de resplandor eléctrico sobre esas sierras que dan escondite al pobre y heroico Sandino, y se mira hacia esa uña geográfica de su quebrada con un angustioso amor que pide día a día mensajes para saber si el caudillo vive.

En Angel de los oficios no le dió en vano el de herrero: iba a necesitar el hacha más ligera para alzarla y más pesada para dejarla caer. Se le oye el resuello fatigoso y dan ganas de enderezarle el viento para que ayude sus pulmones.

El señor Sacasa decepcionó a muchos que esperaban en él. Sandino endereza, hasta ahora, los entusiasmos que el otro dejó caer.

Gabriela Mistral

París, 1928.

El esteta ante la Historia

(Véanse las entregas 2 y 3 del tomo en curso).

=De El Sol. Madrid.=

UNAS palabras finales de comentario a las cartas de Bernard Shaw sobre el fascismo. El artista—decía en el artículo anterior—es, esencialmente, histriónico y antijurídico. La hipertrofia de su yo le impide ver y sentir los dolores del mundo circundante; el artista anula al hombre. Hay excepciones en que el hombre supera al artista y, sumergiéndose en la vida que le rodea, hace suyo todo su dolor y su destino; la piedad es entonces su musa.

Generalmente el alma del artista es despiadada: no siente la injusticia y admira la fuerza. Naturaleza epicena, tiene del hombre y de la mujer los rasgos negativos o inferiores: la dureza masculina y la debilidad femenina. Desde Platón—arquetipo del temperamento aristocrático—, amigo de Dionisio el Joven (aunque luego expulsado de Siracusa), todas las tiranías han recibido el homenaje y los servicios de muchos artistas. Singularmente al hombre de letras, imaginativo o contemplativo, le fascina el hombre de acción, audaz y violento; en él se ve complementado. No me sorprende la admiración de Bernard Shaw por Mussolini; aunque menos brillantes, en otros países podrían señalarse paralelos análogos; en alguna ocasión he comentado el rendimiento del argentino Lugones por algunos déspotas de América; podrían multiplicarse los ejemplos. Donde se da un hombre de fuerza, real o aparente, nunca le falta su corte intelectual. Muchas veces sólo por el mecenado; no hay que olvidar que durante muchos siglos el artista era una prolongación de la servidumbre de los grandes señores.

Bernard Shaw ha sentido la sugestión de algunos capitanes de la Historia—aproximaciones de su Superhombre—, como César y Napoleón, y los ha incorporado a su obra dramática. Y para enaltecer a Mussolini, no desdena en equiparar su labor en Italia con la de Napoleón a su regreso de Egipto. Con esta sola diferencia, que confirma la semejanza: que en vez del duque d'Enghien, hay que poner a Matteotti. El desmedido elogio bien merece un hurra fascista, no regateado por la prensa italiana, si bien expurgando el texto de la apología de Shaw.

Porque hay que hacerle al dramaturgo irlandés la justicia de no haberse cegado en cuanto a los procedimientos de los fascios. Honradamente los reconoce. Pero al propio tiempo los exculpa. «Pues es claro—escribe—que nuestro juicio hacia un nuevo régimen no puede ser determinado por los medios que se emplean para fundarlo». Desde Augusto hasta Lenin ha habido «docenas de grandes usurpaciones, efectuadas merced a

un *coup d'Etat*, y cada uno de estos *coups* fué una operación inmunda, por virtud de la cual las personas decentes y leales fueron maltratadas por la justicia de los magistrados serviles, con la ayuda de testigos falsos, o golpeadas, torturadas y asesinadas por las partidas infernales de pretorianos armados... La única novedad en el caso de Italia fué el aceite de ricino; pero muchas personas preferirán que se les purgue a ser alquitranadas y emplumadas». Mas no se crea que en la sensibilidad moral de Bernard Shaw sólo caben bromas de mal gusto: «yo detesto—añade después—la barbarie que los fascistas cometieron camino del gobierno. Pero no tengo tiempo que perder, ni quiero comprometer mi reputación de buen sentido, negándome a aceptar el hecho consumado».

El buen sentido aconseja, pues, aceptar los hechos consumados. De este modo, en el enjuiciamiento de la Historia se elimina toda criterio moral o jurídico. ¿Pero no es hecho consumado el régimen capitalista? ¿Y por qué Shaw, socialista, lo ha combatido siempre, en vez de aceptarlo, para no perder su reputación de hombre de buen sentido? Y si en las relaciones de los individuos entre sí cabe una valoración ética y jurídica, ¿porqué no admitirla también en las relaciones entre Estados o entre un Estado y sus ciudadanos? ¿Por qué ha de ser todo igualmente malo e igualmente necesario? Esa será la actitud de un esteta, pero no puede ser la de un hombre.

Es de suponer que si un *hooligan* le atracara una noche en Londres, pretendiendo despojarle de sus derechos de autor, no se contentaría Bernard Shaw con decir que siempre ha habido ladrones y que el buen sentido recomienda someterse al asaltante cuando su fuerza es mayor, sino que iría a la Scotland Yard a denunciar el hecho a la Policía. Pero este principio elemental de justicia histórica no es aplicable, en su opinión, a un Estado. En la guerra europea, todos los beligerantes fueron, a su juicio, igualmente responsables; el criterio de agresión, válido contra un *apache* en el orden civil, no puede existir en el orden internacional. Del mismo modo, todas las revoluciones y todas las tiranías son igualmente aceptables, cuando se imponen, e igualmente necesarios sus procedimientos. La Revolución francesa no es más legítima que la matanza de armenios por los turcos. Una revolución pretoriana es lo mismo, en moral y en derecho, que una revolución de esclavos. No cabe admitir que los fines de una sean más justos que los de otra, ni que unos medios sean más lici-

tos que otros, según su propia calidad y según el fin a que sirven: la dureza de un Cromwell no se distingue de la servicia de un doctor Francia. El rasero estético lo nivela y justifica todo, y la Historia se reduce a suministrar asuntos para escribir comedias y apologías de dictaduras ajenas.

Pero Bernard Shaw no se mantiene firme en esta interpretación de la Historia. No acepta sólo el fascismo por las peregrinas razones que aduce: por ser un hecho consumado y porque la «lira despótica» vale más que el «franco democrático»; porque el aceite de ricino es más suave que el alquitrán, y porque Italia está gobernada por «un hombre del pueblo», mientras a la Francia libre, igualitaria y fraternal la rige «monsieur Poincaré». Todo esto podría hacerle sospechoso de decadencia mental. Pero hay, de pasada, una afirmación que le redime de algunas de sus inepticias, y es cuando dice, refiriéndose a algunas de las reformas de Mussolini, que «le llevarán a un serio conflicto con el capitalismo, y ciertamente no es

negocio mío ni de ningún otro socialista debilitarle en previsión de tal conflicto». Si así fuera, estaría explicada su devoción por el fascismo, aun prescindiendo de otras motivaciones psicológicas. Pero el artista falla aquí también. Mal informado, fantasea lindamente sobre la Historia que tiene delante de los ojos. Creer que el fascismo chocará con el capitalismo es como creer que la Luna chocará con el Sol; los satélites obedecen.

Mejor enterado, otro fabiano inglés, Deslile Burns, refutó recientemente a Bernard Shaw en una sesión de la Sociedad Fabiana, desarrollando el tema siguiente: *El fascismo, Estado superburgués*. Y las risas con que el inteligente auditorio recibió la pregunta hecha por Bernard Shaw al final de la conferencia: «¿De qué ha estado usted hablando esta noche?», no eran, tal vez, como en otro tiempo, un modo de celebrar el sutil ingenio shawiano, sino una burla de sus limitaciones actuales. Si hemos de volver a Matusalén, que sea por lo menos con todo el vigor de la inteligencia.

Luis Araquistain

María Guerrero

= De A. B. C. Madrid =

NUNCA un ser humano se ha podido parecer tanto a una tierra como, a la suya, María Guerrero. Desde el nombre que, al nacer, le acordó el connubio de bautismo y estirpe, hasta los surcos que la ancianidad abrió en la anchura luminosa de su cara, todo, todo en ella—cuerpo, alma, voz, palabra, ademán, arreos, arte, destino—reproduce, en conmovedora fidelidad, la estructura y la fisonomía de lo castellano.

Ahora lo vemos con claridad; ahora, en el paso de la presencia al recuerdo. Esto era un poco del barro auténtico de un paisaje, vivificado por un poco del énfasis legítimo de una historia.

Así ha sido de grande. Y así trabajó. Trabajo y trabajos. Como Castilla su arquetipo, en esa heroica vocación de cultivar lo que se desmorona. Y de mascar la soledad con tenazas de orgullo... Aquí, si pudo encontrar fuegos de entusiasmo, aguas de ternura, jamás.

Su Castilla, que tantas veces levantó en vilo a María Guerrero, no supo nunca consolarla... Eran demasiado iguales los dos. Su amor recíproco tenía algo de forcejeo.

En ocasiones, la tierra, más fuerte, si no más ardorosa, vencía a la mujer. Entonces, ésta huía, desaparecía. Al cabo de un tiempo, regresaba. Más erguida que nunca. Asomaba por la línea del horizonte en un amanecer claro y crudo de publicidad. Y al trabajo otra vez. Y a los trabajos.

Hasta la mañana fría de enero, en que, bajo un sol blanco, han concluido por abrazarse, por fundirse las dos.

**

Vibra ahora, por el camino del aire, en recortado perfil acústico, el son de unos adamantinos versos, alondra o saeta, partida de una boca llena de substancia terrenal. Sube a clavarse, más allá de lo que alcanza la vista, en el corazón del futuro.

Como el cuerpo se desprende del alma, el énfasis se desprende del barro... Para el cielo, también.

Para dejar acrecido, detrás del azul, el patrimonio celeste de Castilla.

Más polvo, en el paisaje desmoronado... Más, más historia todavía, en el empuje de lo inmortal.

Eugenio d'Ors

Poema de la mujer aviadora que quiere atravesar el Atlántico

Mujer
mujer aviadora que quieres
atravesar de un salto
el atlántico

mujer
enreda en el motor una
bandera roja
y una canción
COMUNISTA

para que se limpie de toda mácula
la ambición
que te lanza a la conquista
de la distancia
enorme

mujer
no asciendas por coquetería
asciende porque el clamor intenso de
los hombres que sufren
te preste sus alas

mujer
tiende sobre la vastedad marina
que
S
E
P
A
R
A
dos continentes
el arco fraternal que una en un mismo
anhelo de
JUSTICIA

a América
y a
Europa

mujer
desde una altura de 2,000 metros
deja caer sobre el mar
y sobre la tierra

LA NUEVA PALABRA
así veremos en la noche
un zig
zag
guear

de estrellas jubilosas

mujer
esconde en la cabina de tu aeroplano el
GRITO
—santo—y—seña de la América joven—
A N T I M P E R I A L I S M O

y clávaio
—para que toda Europa lo contemple
y
los ejércitos de
RUSIA
le hagan los saludos de ordenanza

EN LO MAS ALTO DE LA TORRE DE EIFFEL

mujer
si tu sueño se rompe en el canto de una ola
no llegues a los dominios de lo
desconocido
rezando—padre nuestro, que estás
en los cielos
—sino regalando el oído
de los proletario exánimes

con un
—ARRIBA LOS POBRES DEL MUNDO
DE PIE LOS ESCLAVOS SIN PAN...

Mariblanca Sabas Alomá

Habana, 1923.

Carta de Sandino

Campamento de los defensores de la Soberanía Nacional de Nicaragua.
Febrero 6 de 1928.

Sr. Dr. Carlos León,
Presidente de la Unión Centro-Sud Americana y Antillana.
México D. F.

Muy señor mío:

De manos del Sr. Charleton Beals recibí su apreciable del 6 de enero recién pasado.

Mi Ejército y yo agradecemos la felicitación fraterna que por el cumplimiento de nuestros deberes ciudadanos, nos envía por su medio la Unión Centro-Sud Americana y Antillana. Deben estar seguros ustedes que nuestra actitud no cambiará mientras un palmo de territorio patrio esté ocupado por el bárbaro invasor.

El portador de su misiva fué recibido y atendido con el cariño y consideración que merece.

Bien dice Ud. en el sexto

párrafo de su carta que la Patria de la raza indo hispana comienza desde las riberas del Río Bravo y termina en el confín sud de la Tierra del Fuego.

Aceptamos agradecidos el ofrecimiento que por su medio nos hace la *Unión* y es muy probable que próximamente llegará por ésa un representante de nuestra parte: Delegado especial: digo aceptamos porque, cualquier protección que ustedes den no sería para el que estas líneas suscribe, sino para el pueblo honrado de Nicaragua que lucha por los más caros ideales del hombre.

En nombre de mi Ejército (QUE HASTA LA FECHA NO HA SUFRIDO UNA DERROTA) y en el mío propio, reciba la Unión Centro-Sud Americana y Antillana, mi más sincero y fraternal saludo.

Soy de Ud. con toda consideración su Atto. S.

Patria y Libertad.

(f) A. C. Sandino

Demolición constructiva; limpieza

= Del tomo *Pruebas de Nueva York*. Málaga =

EN los pueblos antiguos, como son los nuestros de España, la casona, el palacio, el hospital ruinosos claman al cielo y a los Poderes, y si no consiguen que los hombres restañen las heridas que el tiempo les infirió, consiguen ir tirando, ir arrastrando su penosa vida, siendo refugio incómodo de militares, hospicianos y familias en declive. No falta la piedad; falta el dinero. Si no fueran más que cuatro docenas de monumentos... Pero son centenares.

En los pueblos nuevos en cambio, como Nueva York, no hay lugar a la piedad, porque no existe la venerable ruina. Y si algún edificio pretende alcanzar el rango de la veneración, lo derriban inmediatamente para levantar sobre su base uno más a tono con el tiempo y más eficaz en todos sentidos. La construcción que tenga veinticinco años se mira con recelo y se la señala enarbolando imaginaria piqueta. En estos días están derribando dos magníficos palacios en la Quinta Avenida: uno, de los Vanderbilt, y otro, de Astor. A un español le da pena ver la demolición de

estas obras fuertes, enteras, firmes y ricas.

Poco a poco irán desapareciendo los palacios de los millonarios. Estos se van a vivir en hoteles o en *apartements* donde la servidumbre no sea propia. Es el problema de la servidumbre lo que les empuja y echa de sus albergues suntuosos. Pero es también por un fenómeno muy neoyorquino, que consiste en la necesidad de la mudanza.

Tratando de comprender a esta gente y escuchando esa voz que dice en todo momento: «Fijate en que sus móviles son siempre muy sencillos», vengo a creer que la demolición y la mudanza responden a un principio de limpieza. Mudar de casa es tan necesario al neoyorquino como mudar de traje. Puertas, baños, alacenas, suelos, paredes, todo sufre con el uso. Y además, los ojos se fatigan de ver y medir siempre los mismos espacios y la misma situación de los muebles. «Hay que irse a una casa más nueva; ésta tiene ya cuatro años».

Pero ocurre que el área de Nueva York es limitada e ina-

grandable. Si los neoyorquinos piden constantemente nuevas casas para su *comfort*, hay que derribar las de ayer, levantar las de mañana, con todos los adelantos conseguidos en el intermedio. Yo he visitado una de estas casas en construcción y he podido ver lo que va de un inquilino español a un inquilino yanqui. En la casa van a vivir centenares de personas, muchas familias. Pues bien: cada una de ellas estudia lo que quiere y visita la obra, para ordenar al maestro los detalles que le importan. «Aquí ha de venir una luz; aquí, otra; allí, el radiador; aquí, el agua», etc. Lo primero es no dejar esos detalles al albedrío del maestro de obras, que suele instalar guiándose por una norma que se dice racional, pero que suele ser de lo más incómoda y fea; lo segundo es que, como las conducciones de luz, agua y vapor van ocultas en la obra de albañilería, es preciso decidir durante la construcción. Luego es tarde. Tendrían que adosar tubos e hilos a las caras de las paredes, como en nuestras casas.

Cuando van a España, estos norteamericanos genuinos fruncen el ceño ante la suciedad y no les quedan ojos para comprender lo otro. Nosotros amamos a Toledo, a pesar de sus cosas, porque lo miramos con sentido histórico; pero el hombre que lo mire con sentido higienista, o un principio imperativo de limpieza no puede hacer la vista gorda como nosotros.

Muchos de nuestros hombres inteligentes—no digo ya el vulgo—consideran risible tener por ideal la limpieza. A lo sumo, conceden que sea un ideal femenino. Discrepo y discrepo. Puede ser un ideal tan grande

y complejo como cualquier otro. Aunque parta de la limpieza material simplemente. Y quiero traer a colación algo de D. Francisco Giner, maestro completo, que puso tanto empeño en que fuesen limpios el corazón y la mente como la corbata, la camisa y la casa. No por ser filósofo fué sucio. Porque fué filósofo vió el hondo sentido de la pulcritud. Pues bien: como viera el maestro la lucha que entablan entre sí la pobreza y la limpieza; como viera que los no pudientes apencan con los muebles de bazar y toda clase de chirimbolos feos, el buen viejo promulgó—diríamos—la ley del pino entre los suyos. Más vale tener un mobiliario decente, limpio y sencillo, de esa madera pobre, que un mobiliario pretencioso y propenso a la porquería.

El yanqui va en esto mucho más lejos que D. Francisco Giner. Entre la historia y la limpieza, opta por la segunda. No le importa echar al suelo un palacio como el de Vanderbilt—copia fidedigna del Chateau de Blois, levantado el año 88—si esto le proporciona la satisfacción de poner en la puerta del futuro edificio: «Cuarto con tres baños». Los habitáculos que se construyen ahora han de tener forzosamente tres baños: el de los dueños, el de los huéspedes y el de la criada. Por cierto el de ésta es más pequeño.

Claro que no todos los pueblos se pueden permitir el lujo de la demolición constructiva. Hoy existe ya una responsabilidad histórica en los países viejos. Si éstos planearan a lo yanqui, no quedaría memoria del pasado arquitectónico ni urbano. Por fortuna para los yanquis, aquí no hay paredes

respetables, y con su procedimiento no las habrá nunca. Y no es que odien la Historia; es que no toleran que ella se oponga a sus deseos de perfeccionamiento. La prueba está en el Museo Metropolitano; en él hay lo que no he visto en museo alguno de Europa: grandes departamentos destinados a la historia de la habitación en Norteamérica. Instalación maravillosa, completa y limpia, con cuartos rudos y refinados, de pobre explorador que tuvo que hacer de carpintero sin saber, luchando a brazo partido con los troncos, sin lograr vencer su poderío selvático, y de millonario afrancesado cuyos muebles apenas tienen madera y, en cambio, sostienen finos cristales y rutilantes bandejas de plata.

Allí, sí, todo el honor a la Historia; sin regateos. Y ya que hablamos de interiores, diré que desde mi llegada me parecieron interiores de gran navío. Se debe esta sensación a dos causas principalmente: a las pequeñas dimensiones de los cuartos y a la abundancia de madera. Después de todo, marinos fueron los hombres que aquí llegaron, y navío es la isla de Manhatam.

El corazón podrá estar o no

en desacuerdo con la demolición y la limpieza; pero la razón se pone de su lado sin vacilar. Este fenómeno me ocurre con muchas cosas de América: no las siento; las comprendo y las alabo; pero me despido de ellas.

Y es que todos los arquetipos de vida son humanos; es decir, falibles. No hay uno solo que sirva para las fuerzas contradictorias que integran la vida. Yo puedo admirar el procedimiento que usan los yanquis para limpiar las fachadas ennegrecidas por el hollín de las fábricas y la humedad; su pulverizador de arena me parece más eficaz y rápido que el nuestro de la piqueta; yo puedo admirar la limpieza de conducta, la limpieza moral que este hombre de faz abierta y limpia observa en sus relaciones conmigo pero no puedo sentir entusiasmo en los *cabarets pasteurizados* de Nueva York, donde se bebe agua y se paga muy caro para evitar gente bohemia, ni con esa franquicia de que goza la mujer desde que apuntan sus instintos. En estos dos casos falla el ideal de limpieza; no sirve. Estropea o desvirtúa. El *cabaret* requiere más franquicia, y la niña, menos. Y si al decir esto resulta demasiado español, mejor.

José Moreno Villa

En la playa

Blancura de luna
en noche oportuna
y en playa morena,
tranquila y serena
al frente del mar;

Blancura de ensueño,
de cielo risueño,
de amor y poesía,
de paz y alegría
y grato soñar;

Blancura sin pena,
de clara azucena,
de nardo y de rosa
y frente de Diosa
que vive en el mar;

Las frentes unidas,
unidas las vidas,
y el mar y este cielo,
y el alma en un vuelo
sereno a la par;

Blancura de espuma,
de nube y de bruma,
de estrella lejana,

y vela cercana
en barca lunar.

La barca se aleja,
es sombra que deja
recuerdos apenas
en estas arenas
de eterno esperar;

La barca es un canto
que sabe el encanto
de lunas y brumas
y blancas espumas
collares del mar;

La barca en la calma
talvez es el alma
de algún navegante,
trovero y amante,
ahogado en el mar.

Por eso la vela
es mágica estela
de una alma abatida,
que vive la vida
inmensa del mar.

J. J. Salas Pérez

Puntarenas
Dic. 1927.

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas
de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

Drake, mi perro

Te llamé porque estabas en la actitud esbelta de un galgo de Van Dyck—fina pata, alba gola,—reenviándome, tonto, con cartas dadas vuelta, un amor que se te iba saltando por la cola.

Entraste algo cohibido y, frente a mí, un instante tuviste la visión humana de lo humano, comprendiendo el error ancestral y humillante de ver un dios en quien no era más que un hermano.

Una intuición tremenda te agobió la cabeza y, cual preso que torna a su habitual encierro, te miraste las patas, como con la tristeza de quien se despertara transfigurado en perro.

Ese rápido y neto relámpago, un segundo te permitió franquear la milenaria puerta que nos separa; empero por un segundo el mundo quitándose la máscara te mostró su faz cierta.

Fué un momento fugaz que puso nuestros seres a igual altura, hermanos en lo desconocido, y esa gota de luz que te hizo ver lo que eres cayó en tu alma desierta y la embebió el olvido.

Poco después volviste a tu opaca inconsciencia, cuando algo pasajero y trivial te distrajo,

y yo me quedé solo de nuevo en tu presencia, como una cumbre aislada con un abismo abajo.

Ya nada ha de poder substraerte a la sombra letárgica en que vives; cesó la maravilla que te puso en contacto con lo que no se nombra. Vuelvo a ser, pobre amigo, tu viejo dios de arcilla

y tú vuelves a ser lo de antes, de igual modo que el labrador que rompe su sueño a la alborada, más feliz que los hombres, porque después de todo regresas a tu isla tras de la cual no hay nada.

Es verdad que pasaron sobre ti las estrellas sin que las admirases, pero tienes la suerte de no haberte espantado hasta gritar ante ellas y de no haberte muerto hasta llegar la muerte.

Pues tú, mucho más cuerdo que yo, cada mañana despiertas sin rencor como quien todo olvida, y no afiebras tu noche con esta idea vana de que he jugado a un juego en que entrampé mi vida.

Ya pasó ese momento en que de cerca viste acaso mi destino; y no sé si es por miedo que has vuelto a tu lugar y te acostaste, triste, ¡oh amigo cuyo nombre es el chasquear del dedo!

Ezequiel Martínez Estrada

(La Nación. Buenos Aires).

Lo que hizo el mozo debe repararlo el hombre.

*

Si has hecho las paces con él, habrá que mantener la promesa.

*

La vida depende de la fortuna. Venga lo que quiera, pero prefiero la muerte a salvar la vida por un acomodo cobarde.

*

Nadie puede hacer demasiado por un fiel amigo.

*

No es así como habla tu corazón. No olvides que la has tenido bajo tu techo.

*

¡Adiós, valiente hijo mío! Comportate bien, de modo que me hagas honor. No has de hablar nunca en vano, pero lo que digas haz que sea cortante como el filo de una espada. Mientras te traten bien sé amable; mas en cuanto se te moleste, no calles. No bebas más de lo que puedas soportar. Pero no rechaces la copa mientras se te ofrezca con medida, para que no te tomen por afeminado.

*

El hombre que ama estima en mucho la vida.

El testimonio de Ibsen

=Fragmentos de los *Dramas* de Enrique Ibsen, según la traducción de J. Pérez Bances. Tomos 233, 235, 236 y 255 de la BIBLIOTECA CLÁSICA. Librería de los Sucs. de Hernando. Madrid.=

*

Si encierras una águila en una jaula, morderá siempre los barrotes, sin importarle que sean de hierro o de oro.

*

¡Una mujer, una mujer! ¡Nadie sabe de lo que una mujer es capaz!...

*

Se obra a veces irracionalmente cuando se ama a un ser sobre todo.

*

Él mismo ha de ser su mejor vengador; su recuerdo no me abandonará ya más.

*

El héroe necesita una mujer de noble orgullo y elevados pensamientos.

*

—La voluntad humana puede hacer muchas cosas; pero los grandes hechos los regula el Destino. Eso nos ocurrió a nosotros dos.

—Puede ser; malas Normas reinan sobre la tierra; pero su poder es pequeño cuando no encuentran auxiliares en nues-

tro propio pecho. La felicidad es del que se siente bastante fuerte para osar la lucha con las Normas..., y eso quiero yo hacer.

*

Dices que había sido esquiva y silenciosa contigo. ¿Pero qué otra cosa puede hacer una mujer? Si te hubiera manifestado mi amor hubiese sido indigna de ti.

*

El varón ha de obrar con ánimo y con violencia.

*

La dicha bien vale una gran acción.

*

Días malos engendran malos pensamientos.

*

Vé y aconseja a tu padre para que realice con honor la empresa.

*

El hombre debe dar a su fiel amigo todo cuanto posea..., todo, menos la mujer a quien ama; pues al hacerlo rasga el secreto tejido de las Normas, y quedan dos vidas aniquiladas.

(Los guerreros del Norte)

==

De las dificultades no han de sacarnos lágrimas y quejas femeniles. Para ello son precisos valor y fuerza varoniles.

*

Un halcón joven no se encuentra a gusto entre barras de hierro.

*

...de mi conducta no doy cuenta a nadie más que a Dios y a mí misma.

*

Una mujer es lo más poderoso que hay en el mundo, y en su mano está llevar al hombre donde el Señor quiere que vaya.

*

Una conciencia limpia es una almohada blanda, como sabéis.

*

Sí, sí. Pero ánimo femenino es un cimiento inseguro. Y debías obrar con precaución.

*

No le odies. Si hay compasión en tu alma, perdónale. Créeme: lleva el castigo en su propio pecho.

(La señora Inger de Ostrot).

La niña violenta

= Del tomo *Pruebas de Nueva York*. Málaga =

LA palabra «niña» es tan acomodable que puede recaer sobre una efectiva niña, sobre una mujer lozana y sobre una solterona vieja. Para entender a qué niña me voy a referir necesito, pues, un preámbulo, siquiera sea breve. Ya está: me refiero a una hermana extranjera de nuestra «niña bien».

Esa niña vive en los Estados Unidos al lado de un sinnúmero de otras que son femeninas, dulces o modositas, pacatas u ordenadas, como las de cualquier país. Pero se destaca de tal modo que acaba siendo el hito diferencial. Nuestra «niña bien» no puede, en ningún momento, aceptarse como cifra de la mujer española. Tampoco «la garçon» lo es de la francesa.

La niña violenta, en cambio, es la cifra más característica de los Estados Unidos. Si me aprietan un poco diré que ella es así porque así es Nueva York y así es toda la gran República.

Esa niña es adorable. Junto a sus encantos físicos, tiene otros de carácter interior capaces de embaucar también. Alta y elástica, dura y blanda en sus puntos y según leyes de perfección, limpia, y acariciada más que guarecida en telas que son velos, sin memoria ya de camisas, corsés, fajas ni piezas de la tradicional indumentaria, va y viene, monta y baja con nervio seguro, sin retemblores de carne flácida y sin apariencia de dudas intelectuales. Con ímpetu gimnástico irrumpe en todas las órdenes de la vida.

No todo español estimará su belleza, porque nosotros estamos acostumbrados a juzgar por la cara, más que por el cuerpo. Nuestra raza lo pide así. Nuestras mujeres llevan la belleza en la cara: en los ojos, en la boca, en la frente, en el dibujo de la nariz, en la expresión viva y temperamental, que no siempre es larga ni profunda.

La belleza de yanqui es más repartida. Fluye, como un impulso, de extremo a extremo. Tal vez no complete, con rasgos de perfección, ninguno de sus miembros, pero consigue un total más armonioso. Es una belleza dinámica, que arrastra nuestros ojos el recorrido entero, al viaje de circunvalación. Se aparta completamente de la belleza tradicional española que

invita—no al viaje—sino a la contemplación de un punto, de una parte de la persona, solicitando reposo, estabilidad.

Ya sé que nuestras niñas de hoy también se preocupan de la línea, pero pienso en la raza, no el tipo de mujer metropolitana que se aproxima al tipo cosmopolita. De todos modos, si pensase en ésta diría que está muy lejos de la niña neoyorquina y por una razón que no se improvisa: porque toda la soltura de movimientos, toda la energía, decisión y hasta violencia de la niña norteamericana es externa e interna a la vez. «Lo que hay dentro, eso hay fuera», como decía Goethe. Son unas en cuerpo y alma. Y su acento es la violencia. Surgirán con desenfado ante vosotros. Amarán con rapidez y pasarán a la indiferencia bruscamente, para internarse en nuevas faenas. Y sin resquemor, ni adherencias sentimentales; saliendo de la suerte como buen torero para iniciar otra de tipo muy diferente. Amarán al padre y al marido y al novio, pero en cuanto noten que obstaculizan el desenvolvimiento de su voluntad — a su voluntad le llaman «su vida»—se plantarán violentamente. No hay entrega total, no quiere haberla. Puede haberla, pero a costa de qué renunciaciones.

La norteamericana se enorgullece de su intrepidez y piensa que hay tal grandeza en el impulso generoso y espontáneo de su alma, que todas las consecuencias, por funestas que sean, deben perdonarse. Cultiva el movimiento radical y primitivo del corazón, pero—aquí lo grave—odia las consecuencias del corazón. Le aterra la fidelidad, le aterra la maternidad. Como alma primitiva detesta esos conceptos elaborados por la civilización. A veces llego al extremo de creer que aborrece todas las palabras que en español terminan en «dad»: caballerosidad, generosidad, caridad, piedad, sentimentalidad. Todas son trabas para su violencia.

Claro que yo exagero en este punto, pero sin forzar con claros y negros no llegamos a cierta nitidez de visión. Hombres y mujeres de América pueden sentirse vejados por lo que escribo y, sin embargo, no sale

de mi pluma gota de antipatía, ni se mueve por otro resorte que el deseo de comprender y hacer patente lo comprendido. No puedo ofender a las mujeres de tipo europeo que existen allá, porque no pienso en ellas. Pienso en la niña violenta, en la niña violenta que es Nueva York toda, y toda América del Norte.

No digo tampoco nada que sea nuevo totalmente. Escritores, viajeros y simples lectores hablan del primitivismo norteamericano. Yo lo que hago es incorporar ese concepto; llamarle «niña» y «niña violenta» para luego bautizar así a la metrópolis más inquietante y violenta del mundo actual.

Niñez y violencia están en una misma cuerda. La intrepidez, también. Y soy, por moverme en terrenos del espíritu y del arte, idólatra de lo que tiene niñez, intrepidez y violencia. Estoy en alma con Nueva York, con Picasso y con Lindberg. Sus caminos llevan a los golpes, a los fracasos, pero llevan, y a veces llevan a las victorias, y siempre llevan a la emoción.

Como amante de la vida tranquila—que también lo soy, que también lo sois—tiemblo. Y me acuerdo de *Azorín*, viendo pasar las nubes, y de Fray Luis, viendo la paz del huerto. Pero,

José Moreno Villa

Tablero

= 1928 =

José Moreno Villa ha publicado un nuevo libro: *Pruebas de Nueva York*. Málaga, imprenta SUR. Ha tenido la bondad de remitírnoslo. Lo hemos leído con sumo agrado. Es un librito que se destaca: hay en él primores de estilo y de observación. Júzguese por los dos capítulos que en esta entrega reproducimos.

Asterisco.—Recuerdo una frase del maestro Unamuno. Decía que cuando un político no se atrevía a cometer una monstruosidad llamaba a un técnico, y éste la cometía con la menor desaprensión. El técnico tiene el lenguaje que usaban nuestros germanófilos cuando decían: «No me hable usted de la guerra». Al princi-

pio, cuando Alemania triunfaba, preferían que les hablaran de la guerra; después no querían hablar de ella, porque la guerra significaba derrota. Así los técnicos dicen: «No me hable usted de la política», y es sencillamente porque el político le recuerda su claudicación, porque el técnico es la apostasía y la decepción de un porvenir mejor.—LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA

¡ay de las ramas que salen de la tranquilidad! ¡Qué hora más dichosa y bienaventurada la que nos envuelve en esta solana de Cadalso de los Vidrios, de Cogolludo, de Chinchón, pueblecitos de Castilla! Pero, ¡qué días más tristes, qué años más pobres, de pobreza total!

Después que la luz clara de la meseta castellana nos define lomas, árboles, bestias, senderos, nubes; después que el silencio se hace carne o cuerpo, alimento; después de sentir la tranquilidad, nos sobrecoge un sano terror a ella. Y como pelota rebotada salimos en busca de la violencia, de Nueva York, de la intrepidez, de la irresponsabilidad, de la *Flapper*, de la niñez.

En esta hora de intrepidez y confusión, el mejor nauta no es nauta de olas, sino de nubes. Pero, atendamos a un punto: ese nauta, como esa niña violenta, irrumpen en la confusión fijos los cinco sentidos y las siete virtudes o talentos en una sola presa, como el águila. En una sola presa, sin acordarse de la de ayer, ni pensar en la de mañana. Como los buenos cristianos, después de todo, sólo buscan el pan del día. La niña violenta coge la fruta del momento, y le desagrada mañana que le recordéis la fruta de ayer.

Etimología.—Recuérdase la etimología de isla, vocablo que viene de *insula*. La raíz *sul* significa—como *sal*—la idea de brincar, saltar. Así *insula* es el trozo de tierra, el peñasco que ha saltado en medio del mar.—Cita de J. ORTEGA Y GASSET.

(Sigue en la pág. 224).



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El tomo IV de *La Edad de Oro* ya está circulando

Juzguese de su valer por el

INDICE

	Pgns.
ANÓNIMO: El reparto de la dádiva	55
» Hombre de otro tiempo	119
ARÉVALO MARTÍNEZ, R.: El poeta perdido en el campo...	102
ARRIETA, RAF. ALBERTO: Aguaterita	117
AZORÍN: La arañita en el lentisco	53
BARRAU, TH. H.: Desclieux	118
BRUNET, MARTA: El rey avaricia	13
» » Espiga	126
DARWIN, CARLOS: La vizcacha	149
FALCÓN, CÉSAR: La vida junto a los árboles	108
FERNÁNDEZ MORENO: Yo, catedrático	146
FRANCO, LUIS L.: La fiesta del trigo	27
» » El maestro Ramón	116
» » El buey	125
» » El zorrino	147
GARCÍA CALDERÓN, VENTURA: Yacu-Mama	137
GUIDO Y SPANO, CARLOS: Adelante	80
HISPANO, CORNELIO: Las camisas de Bolívar	128
HOSTOS, EUGENIO MIA: Como el alpaca solitario	3
IBARBOUROU, JUANA DE: Una lección de economía	143
LOZANO, RAFAEL: Chabarcha y el diablillo	73
LUGONES, LEOPOLDO: Los libros reveladores	63
» » El Reino de los Cielos	89
» » El tesoro de los Reyes	95
» » El pájaro azul	96
» » La cordura	110
» » El tesoro inútil	115
MACHADO, ANTONIO: Parábolas	45
» » Recuerdo infantil	45
MAGÓN: Elogio de la lengua materna	59
MAÑACH, JORGE: La salida del transatlántico	60
» » La lección de los <i>fords</i>	71
MASFERRER, ALBERTO: Procesión del Santísimo	39
» » Nevando	151
NERVO, AMADO: «El Dominio del Canadá»	47
PALMA, RICARDO: Una trampa para coger ratones	156
PALLAIS, H. A.: Hay en el campo... ..	82
» » Patria	90
PROAÑO, FEDERICO: La muerte de Milord	5
QUIROGA, HORACIO: Scott	10
» » Pasteur	36
» » Fúlton	42
» » Paz	65
» » Horacio Wells	77
» » El espectro del oro	99
» » Ricardo Lánder	105
» » Renato Caillé	112
» » Bernardo Palissy	121
ROJAS, RICARDO: Si fuese Presidente?... ..	111
RUSKIN, J.: Judas y compañía	86
» » La ley de la ayuda	93
SILVA VALDÉS, FERNÁN: Los pollitos	142
SUÁREZ, MARCO FIDEL: Nombres del maíz	28
» » » Ejemplo	88
TOVAR, RÓMULO: La araucaria de don Mauro	134
UNAMUNO, MIGUEL DE: Las lágrimas de Väinämöinen	32
URIBE, J. A.: Los nidos	23
» » Los pájaros eligen reina	83
VALLE, RAF. HELIODORO: Los hermanitos de San Francisco de Asís	123

Precio del ejemplar \$ 1.25.
En las escuelas y colegios,
a \$ 12 la docena.

Yacu-Mama ⁽¹⁾

En su choza amazónica, a orillas del sonoro Uca-yali, Jenaro Valdivián vió con sorpresa que las provisiones y las balas se acababan. Su fiel servidor, aquel indio *conivo* que tan bien flechaba los monos gordos para convertirlos en manjar exquisito, se marchó, como ellos dicen, a «pasear». Dos o tres días de misteriosa excursión por la selva, de donde regresaba, con su bondadosa sonrisa doméstica, lleno de orquídeas sangrientas y de mariposas deslumbradoras para el chiquillo.

¡Cómo iba a dejar solo a este hijo de siete años, que, educado por indios de Loreto, tenía ya vivacidades de salvaje! Salió a la orilla del río y silbó largo rato en vano. En el centro del agua un remolino de burbujas pareció responderle; pero la empecinada boa no quiso moverse. Estaba allí seguramente durmiendo y digiriendo, en su soledad acuática, el pecarí cazado ayer. Resignado, en fin, Jenaro Valdivián cogió el machete y la carabina, encerró en la choza a Jenarito, a pesar de sus protestas de niño mimado, y lo amonestó severamente:

—¡Cuidado con salir! Ya regreso.

Para consuelo y paz dióle al partir una vela y un cartucho de hormigas tostadas, que son golosinas de los niños salvajes. Valdivián no las tenía todas consigo desde la víspera. Al zanjar un árbol de caucho le pareció advertir que el tigre le estaba espiando en la espesura. Bien conocía los hábitos de la maravillosa bestia de terciopelo, que sigue durante días enteros a su presa y ataca solamente cuando ha observado los pasos y agilidad del adversario. En noches pasadas, fumando su cachimba bajo la luna, viera esas dos luces rojas, errantes y alucinantes sobre la ojiva de la tiniebla. Un disparo las dispersa por un momento; pero la ronda vuelve, y el cauchero, que sueña al aire libre, se dice lanzando bocanadas de humo, con un calofrío molesto: «Ya está aquí el tigre esperándome».

En su canoa, río abajo, Jenaro pensó que era preferible no alejarse mucho. Recordaba que a dos vueltas del río hallaría en la «quebrada de las serpientes», junto a la choza abandonada por los indios *witotos*, huídos del alto Putumayo, su admirable y misterioso telégrafo: el *manguaré*. (Es un recio tronco horadado con tan extraño arte que, al golpear sus nudos redondos, la selva toda resuena a cinco leguas con un rugido). Su servidor le había enseñado esa clave inalámbrica y seguramente algún indio amigo escucharía su mensaje distante; o tal vez Gutiérrez, el cauchero más rico de los contornos, le despacharía un «propio» con pertrechos y víveres.

Llegó de la espesura a la canoa aquel perfume caliente que le embriagaba siempre como un efluvio de paraíso podrido. Avanzaba la selva en las riberas su fronda chillona y parlante, coronada en el sombrío vértice por monos y guacamayos tricolores. Un estruendo de menudos loros verdes pasó en el viento, hojas dispersas de un árbol roto en el huracán. La canoa cruja con un zumbido tropical de flecha o de abejorro. «Será penoso el regreso», pensó Jenaro Valdivián, hundiéndose apenas el remo en el agua espumante.

* * *

En la solitaria choza, el niño empezó por devorar la vela de esperma. En seguida, las hormigas tostadas con sabor de pimentado bombón inglés fueron la

(1) Significa esta palabra «madre del río», y es el nombre con que los salvajes designan al boa.

delicia de un cuarto de hora. La sed comenzaba a atormentarle y sacudió la puerta enérgicamente. Quería salir al río a bañarse en el remanso de la orilla como los niños del país; pero Jenaro Valdivián había asegurado la cancela de cañas con la caparazón de una inmensa tortuga muerta. El Hércules de siete años gritó en lenguaje *conivo*:

—¡Yacu-Mama, Yacu-Mama!

En el río, unas fauces tremendas emergieron del agua con un bostezo lento. La oscura lengua en horqueta bebió todavía con molicie la frescura del agua torrencial. Poco a poco el cuerpo de la boa fué surgiendo de la orilla con un suave remolino de hojas. Tenía cinco metros, por lo menos, y el color de la hojarasca. El niño batió palmas y gritó alborozado cuando la espléndida bestia vino a su llamado retozando como un perro doméstico, pues es en realidad el can y la criada de los niños salvajes. Sólo quienes no han vivido en el oriente del Perú ignoran qué generosa compañera puede ser si la domestican manos hábiles. A nadie obedecía como al minúsculo tirano, jinete de tortugas y boas, que le enterraba el puño en las fauces y le raspaba las escamas con una flecha. De un coletazo la bestia rampante disparó la concha de la puerta y entró meneándose con garbo de bailarina *campa*. Jenarito gritó riendo:

—¡Upa!

La boa lo enroscó en la punta de la cola para elevarlo hasta el techo de la cabaña; pero de pronto volvió la cabeza airada hacia la selva. Se irguió en vilo como un árbol muerto. Por sus escamas pasaba un crujido eléctrico y la cola empezó entonces a latiguar el suelo de la choza con espanto del huacamayazo azul y verde que estaba columpiándose en su cadena. Inmóvil, con los ojos sanguinolentos, parecía escuchar en el profuso clamor de la arboleda, algún susurro conocido. Los monos en la distancia chillaron estrepitosamente. ¿En qué rincón cercano había muerto un árbol? Su turba de aves sin abrigo iba buscando otro alero en el hervidero de la selva poblada, sobre la rotunda fuga del río. Era preciso tener oídos de boa para percibir en tal estruendo el leve rasguño de unas garras.

El tigre de la selva entró de un salto, se agazapó batiéndose rabiosamente los ijares con la cola nerviosa. Como una madre bárbara, la boa preservó primero al niño derribándole delicadamente en un rincón polvoriento de la cabaña. La lucha había comenzado, silenciosa y tenaz como un combate de indios. El felino saltó a las fauces del adversario, pero sus garras parecieron mellarse y por un minuto quedó envuelto en la red impalpable que hizo crujir las costillas. Una garra había destrozado la lengua serpentina y la boa adolorida deshizo el abrazo por un minuto para volver a enlazar otra vez. Un alarido resonó, acabando en un jadeo abrumado. La sangre salpicaba de un doble surtidor y ya sólo se divisó en el suelo un remolino rojo que fué aquietándose hasta quedar convertido en una charca inmóvil de sangre negra.

El niño lo había mirado todo, con un terror oscuro primero, con alegría de espectador después.

Cuando, seis horas más tarde, volvió Jenaro Valdivián y comprendió de una mirada lo pasado, abrazó al chiquillo alborozadamente; pero en seguida, acariciando con la mano las fauces muertas de su boa familiar, de su criada bárbara, murmuraba y gemía con extraña ternura:

—¡Yacu-Mama, pobre Yacu-Mama!

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

Perú.

El zorrino

Viste de riguroso negro como un cura, salvo dos tiras blancas, a guisa de estola, que pasando por las orejas, van del hocico al rabo.

Mide apenas un pie y medio de largo, no posee las patas de la liebre, ni las garras del jaguar, ni el vuelo del halcón, ni los colmillos de la víbora, pero tiene en jaque a toda la gente animal y aún al hombre.

Todo su poder está en un pequeño pomo de aceite que lleva oculto en el tafanario, en lugar estratégico... Pero es sencillamente catastrófico. El temerario o ignorante que intenta atacarlo, se detiene al punto, atacado él de náuseas: el zorrino, con la cabeza gacha y la cola doblada sobre el lomo, hinchándose y comprimiéndose, ha lanzado su aceite fosforescente y pestilencial, y gracias si no es más que eso. Pues si el ofensor se arrima a distancia suficiente —un metro— el zorrino, que tiene puntería segura, puede hisopearle la cara, y entonces pobre de él. El perro, por ejemplo, así tocado, estornuda, gime, manotea, sacude la cabeza, se da de golpes contra el suelo, inconsolable... Pero también el perro —aunque para eso ha de ser muy gaucho— es el único que alguna vez le ajusta las cuentas. Poniéndose de costado, para hurtarle a tiempo los ojos y la cara, deja que el rabicano arroje su arma flamígera. Tras lo cual lo ataca a mansalva.

Aunque suele andar en pleno día, las primeras horas de la noche son las preferidas para sus exploraciones o sus paseos.

Cuando pasa, todos los animales, comedido y respetuosamente, se apresuran a abrirle cancha. Y él prosigue, con su andar como a remesones, muy orondo, concienzudamente seguro del poder de su aceite trascendental.

Si la brisa y el terreno le ayudan, a más de una legua de distancia hace ya sentir su presencia.

Cuando con su óleo *non sanctus* fray zorrino bautiza alguna cosa, no hay jabón, ni sol, ni aire, ni tiempo, ni diablos que la desbauticen.

Según los galenos de las Salamancas de ciencias ocultas, nuestro nauseabundo personaje debería ser, a pesar de todo, tenido en gran predicamento; la causa misma de su calamitosa fama, su olor, es el específico para la jaqueca; su hígado, reducido a polvo, es insustituible contra el dolor de costado, y constituye el más copioso sudorífico; su grasa cura todos los reumas, hasta el de los octogenarios.

LUIS L. FRANCO

Los pollitos

Como en la clase,
como en la escuela;
parecen los niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran y picotean,
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los niños más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela;
parecen los niños
con la maestra.

FERNÁN SILVA VALDÉS

Uruguay.

Tablero...

(Viene de la página 221)

Referencia. — ...aquella admirable exégesis general de las tendencias del alma humana en que Spinoza resume, en la tercera parte de la Etica, sus meditaciones sobre «el origen y la naturaleza de los afectos». — GUSTAVO PITTALUGA.

Dos títulos nuevos con que enriquece la ya larga lista de sus ediciones la *Revista de Occidente*:

Gustavo Pittaluga: *El vicio. La voluntad. La ironía.* 1928. «Revista de Occidente». Precio: **¢ 2.75.**

Karl Haeberlin: *Fundamentos del psicoanálisis.* «Revista de Occidente». Madrid. Serie NUEVOS HECHOS. NUEVAS IDEAS. XXIII. Precio: **¢ 2.75.**

En la Adn. del Repertorio las hallará el lector curioso.

También hallará el lector en la Adn. del Repertorio estos cuadernos:

Manuel Azaña: *La novela de Pepita Jiménez* **¢ 1-00.**

Fernando Vila: *El arte al cubo* y otros ensayos, **¢ 1-25.**

Mauricio Bacarisse: *El paraiso desdeñado*, **¢ 1-00.**

Son los tres últimos de la serie tercera de los *Cuadernos Literarios* que con tanto acierto viene entregando al público culto LA LECTURA de Madrid. Dirige los *Cuadernos Literarios* Enrique Díez Canedo y van publicados ya **18 Cuadernos.**

Espasa-Calpe, S. A. Madrid, nos ha remitido estas obras:

Emilio H. del Villar: *El greco en España.* Con 94 fotografías. Precio: **¢ 7-00.**

Luis Araquistain: *La agonía antillana.* El imperialismo yanqui en el Mar Caribe. (Impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba). Precio: **¢ 3 50.**

Pídalos al Adr. del Rep. Am.

«Casos de Santa Isabel». *Alegato verbal* del Lic. Aquiles Elorduy, agente mexicano ante la Comisión especial de Reclamaciones entre México y Estados Unidos de América. (Versión taquigráfica). México. 1927. Donación de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranja, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Josefina Peñate Hernández: *Esbozos.* Santa Ana. 1928. El Salvador. Donación de la autora.

Jacinto López: *La caída del Gobierno Constitucional en el Perú.* New York. 1927.

International Conciliation. — *Memorandum to the German government, from S. Parker Gilbert. Reply of the German Government.* February, 1928. Donación de la Carnegie Endowment for International Peace. New York City.

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Sucursal en Cartago: Esquina del Teatro Apolo

Acabando de recibir un surtido de casimires ingleses y contando con 20 operarios de los mejores del país, ofrecemos confeccionar vestidos a **¢ 140** y **¢ 150**, así es señores que no hay que gastarse en lujos pagando altos precios en otras sastrerías. También podemos confeccionar vestidos en buenas condiciones de pago. Contamos con telas de seda y piqué para chalecos de frac.

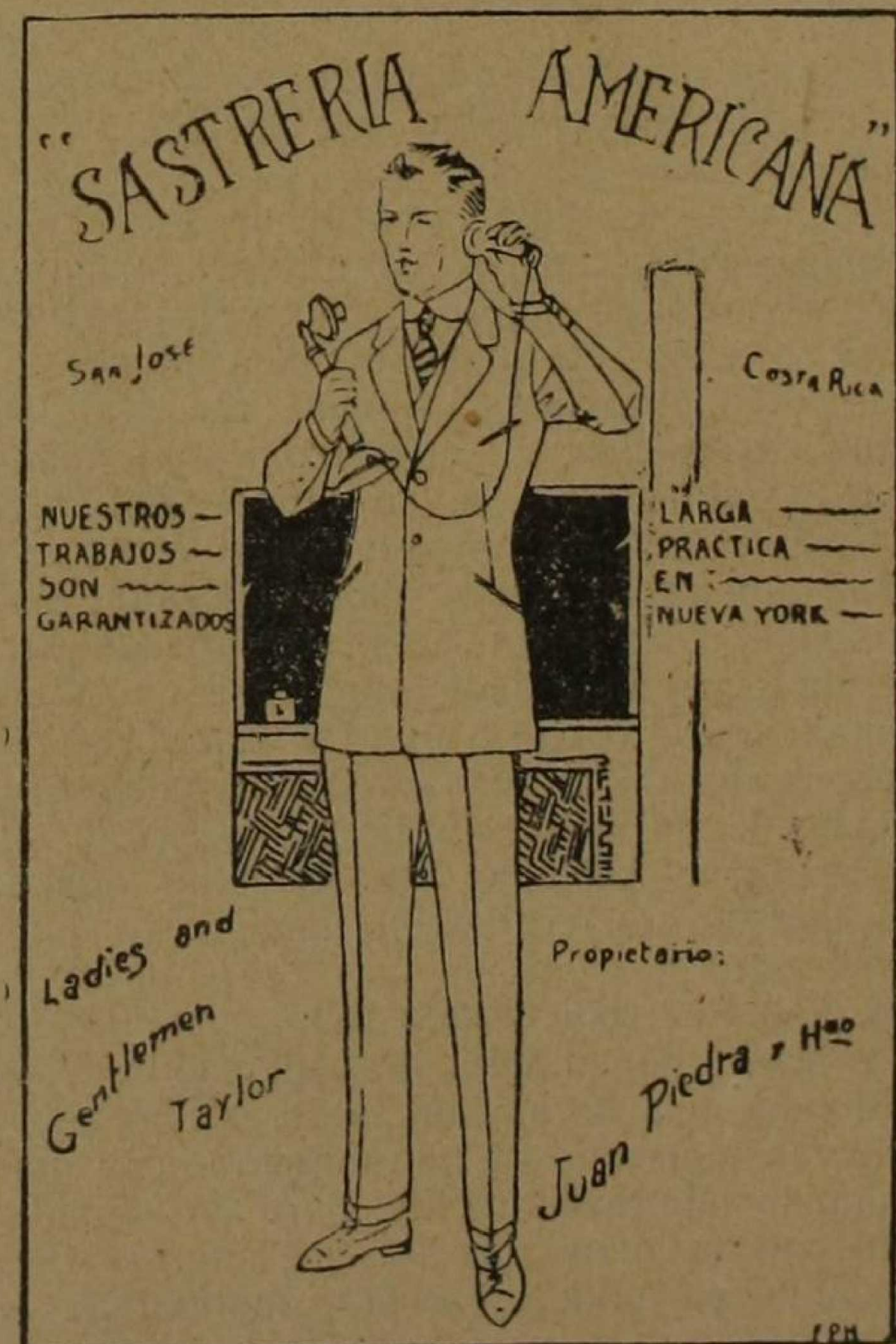
PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs al Sur de El Aguila de Oro



Lado Oeste Foto Hernández